BIANCA™

HARLEQUIN

Nuevas voces



LELA MAY WIGHT

LAS PROMESAS QUE NOS SEPARARON

Portadilla

BIANCA™

LELA MAY WIGHT

LAS PROMESAS
QUE NOS SEPARARON

HARLEQUIN™

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www.harlequiniberica.com

© 2026 Lela May Wight
© 2026 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Las promesas que nos separaron, n.º 3250 - 21.9.26
Título original: Broken Greek Vows
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
Sin limitar los derechos exclusivos del autor, editor y colaboradores de esta publicación, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA).
HarperCollins Ibérica S.A. puede ejercer sus derechos bajo el Artículo 4 (3) de la Directiva (UE) 2019/790 sobre los derechos de autor en el mercado único digital y prohíbe expresamente el uso de esta publicación para actividades de minería de textos y datos.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 9791370175917

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Epílogo
Si te ha gustado este libro…

Prólogo

Poppy Ariti dispersó los tallos verdes de las flores violetas, naranjas y rosas y los fue encajando en los orificios del jarrón anclado. Eran flores silvestres, las había por toda la isla, pero aquellas las había recogido para él.

–*Dors, mon petit* –canturreó, como hacía en cada una de sus visitas.

Era una nana que su madre le había cantado a ella; su abuela, a su madre; y, en esos momentos, ella se la cantaba a su hijo, Isaak.

Terminó de cantar la nana con la voz quebrada, sin poder contener las lágrimas.

No lloraba solo por él, sino también por ella misma.

–Señora Ariti, tenemos que marcharnos ya.

Poppy se giró hacia la sombra que había a su izquierda, sujetando un pequeño bolso de cuero marrón.

–Lo sé –le respondió, porque Serena tenía razón.

Se secó las mejillas. No había podido irse sin despedirse.

Seis meses antes, ni siquiera habría podido concebir la idea de abandonar la isla griega de Sotiria, su hogar, el único lugar donde podía estar con su hijo, pero tenía que dejarlo. Podía hacerlo, pensó.

–*Au revoir, bébé.*

Se inclinó hacia delante y besó la lápida blanca antes de incorporarse.

Serena la agarró por el codo.

–Rápido –le dijo, tirando de ella para que avanzase a su lado.

El viento le azotó el cabello contra el rostro, le golpeó las mejillas y Poppy se apretó el grueso abrigo contra el pecho.

Descendieron a toda prisa por el sendero inclinado hasta llegar a la pequeña lancha que las esperaba en el embarcadero.

Serena, vestida completamente de negro, subió primero. Dejó caer el bolso y se giró para ofrecerle una mano enguantada.

–Tenga cuidado al subir, señora Ariti.

Poppy aceptó su ayuda y apoyó la bota en la barca. No la corrigió. Le había pedido en innumerables ocasiones que la llamase Poppy, desde que Konstantinos había deslizado el anillo en su dedo tres años antes. Entonces había dejado de ser solo Poppy, ya no era una empleada, sino que iba a convertirse en la esposa de un magnate. Se estremeció al recordar cómo habían invadido su vida los paparazzi.

Las formalidades eran innecesarias entre ellas, sobre todo, porque Serena ya no trabajaba para ella. Pensó que en otra vida habrían podido ser amigas, pero no en aquella. Y entendía la necesidad de Serena de mantener las distancias. También comprendía que hubiese dejado su puesto tras el funeral.

La muerte de Isaak los había roto a todos. A todos… excepto a él.

Konstantinos nunca se había implicado. Ella, por el contrario, todavía podía sentirlo entre sus brazos mientras huía hacia una nueva vida.

Una vida lejos del hombre que los había traicionado a ambos.

Konstantinos nunca había sentido ese dolor. Nunca había querido un hijo.

Ella, tampoco, pero, al quedarse embarazada, él había prometido cumplir con su deber. Había sido un matrimonio de conveniencia. Él le ofrecería protección y seguridad a cambio de su lealtad.

Y Poppy no había deseado cambiar eso, pero había querido más: unidad, apoyo. Había necesitado a su amigo.

No obstante, en lugar de unirse, habían empezado a repelerse como polos opuestos.

Ya no eran amigos.

Abrió los ojos.

–Siento haberte metido en esto, Serena –se disculpó, con la culpa oprimiéndole el pecho.

–No te disculpes por pedir ayuda –le contestó Serena–. Demasiadas mujeres lo hacen demasiado tarde. Mi madre…

Sus miradas se cruzaron en la oscuridad.

–No pude ayudarla a escapar de mi padre.

Poppy sintió que le faltaba el aire. Se preguntó si eran siempre los padres los que rompían a sus hijas, los que las obligaban a cargar con responsabilidades demasiado grandes.

Ella había intentado proteger a su madre, pero el accidente se los había llevado a los dos antes de que pudiese hacerlo.

Y siempre cargaría con la culpa.

–Mi padre… también le hizo daño a mi madre –le mintió.

Esbozó una sonrisa amarga.

–No se puede confiar en los hombres. Todos mienten.

Ese había sido su mantra toda la vida.

Hasta que había conocido a Konstantinos. Había sido una tonta al pensar que él era diferente, especial.

Konstantinos Ariti había engañado a todo el mundo.

El detective privado le había confirmado que tenía una aventura. La había traicionado en su momento más vulnerable. La había engañado.

Poppy se arrepentía de haber bajado la guardia con él, de haber permitido que la besase en aquel viaje de trabajo a Londres…

Konstantinos le había advertido que sería solo una aventura, sin promesas ni amor, solo deseo. Y ella había aceptado pensando que al menos habría honestidad, pero no había sido así. Nunca habían sido amigos. Él solo había querido una esposa para mejorar su imagen, una fachada perfecta.

Poppy cerró los ojos un instante. No se arrepentía, porque había tenido a su hijo. Se le escapó un sollozo.

–Es la hora –le advirtió Serena, dándole un chaleco salvavidas.

Poppy asintió y la lancha arrancó.

–Tira el teléfono –le indicó Serena–. Va a intentar rastrearte.

Poppy lo sacó del bolsillo. Vio la imagen de su marido besando a otra mujer en la pantalla encendida.

–¿Cuánto tardaremos? –preguntó.

–Veinte minutos.

Poppy miró el monasterio por última vez. El que había sido su hogar. Su mentira.

–Vas a desaparecer –añadió Serena–. Será como si nunca hubieses existido.

Ella se preguntó si no era eso lo que él quería. Una lágrima rodó por su mejilla.

–Adiós, Konstantinos –dijo, alargando la mano temblorosa para tirar el teléfono al mar, que desapareció en las oscuras profundidades.

Lo mismo que ella.

Capítulo 1

Doce meses después

Poppy abrió la ventana empujando hacia arriba. El aire resultaba sofocante, demasiado denso, como habría dicho su madre.

Era señal de que iba a llover, pero fuera no había ni el menor rastro de tormenta. Todo estaba igual que durante el último año: perfecto. No había ni una nube en el cielo. El sol bañaba París con un manto de luz anaranjada. El Campo de Marte se extendía como un bosque verde a los pies de la Torre Eiffel.

Una imagen de postal que ella solo contemplaba desde dentro, oculta tras el cristal, sintiéndose a salvo en su refugio temporal.

Siempre había sabido que sería temporal. Y, no obstante, no se sentía preparada para marcharse y enfrentarse al mundo exterior.

Exhaló con brusquedad.

Lo que le cortaba el aire no era el ambiente cargado, sino la conversación telefónica que tenía lugar en la habitación de al lado.

–Lo siento mucho, querida.

Léon Durand, su antiguo jefe, le había abierto las puertas de aquella casa sin condiciones, con comprensión. Ambos habían perdido demasiado. Los unía el dolor.

Léon era una bendición, siempre lo había sido.

Le había ofrecido su primer trabajo nada más salir de la universidad.

Durand Cruise Liners jamás debería haberla contratado. Poppy no tenía experiencia, pese a tener dos títulos y facilidad para los idiomas. No tenía experiencia para convertirse en la asistente personal del director de aquel conglomerado.

Aunque nadie con experiencia habría aceptado aquel puesto tan especial.

El hijo de Léon, Caleb, había tomado las riendas de la empresa familiar y Léon había quedado relegado, casi sin personal, pero se negaba a retirarse.

No tenía a nadie en casa, ya que su esposa había fallecido, así que prefería estar en la oficina. Y habían contratado a Poppy para que le hiciese compañía.

En esos momentos ambos eran el refugio del otro.

–No puedo hacer nada al respecto –le dijo Léon desde la puerta–. No hay forma de detenerlo.

Poppy notó que se le secaba la boca.

–Los abogados lo han retrasado todo lo posible, pero ha llegado el final. La adquisición es inminente.

Poppy asintió sin mirarlo, se sintió culpable. No debía haberlo arrastrado a aquello.

No había sabido nada del préstamo.

Tomó las tijeras de podar. Durante el último año se había refugiado en las flores porque le daban paz y la casa de Léon parecía una floristería. Ambos necesitaban aquel aroma, aquel leve susurro de esperanza en medio del duelo gris.

–Aprovecha la oportunidad, Poppy –añadió él–. Enfréntate a él.

Las tijeras se resbalaron de sus dedos, los pétalos blancos cayeron sobre la mesa.

–No puedo.

–Al menos, deberías hablar…

–No quiero hablar con él –lo interrumpió con más brusquedad de la que había pretendido.

–Aunque solo sea para ponerle fin. Divórciate.

Poppy cerró los ojos.

–No puedes esconderte para siempre.

–No estoy preparada.

–Nunca se está.

Ella abrió los ojos. Llevaba un año esperando recuperar las fuerzas, pero no lo había conseguido.

Acarició un tallo sin espinas. Todavía le resultaba extraño verse la mano sin los anillos, vacía.

–No puedes seguir viviendo así –insistió Léon, acercándose en su silla de ruedas–. Hay un mundo ahí afuera, Poppy. Y él va a venir.

Poppy sintió un escalofrío.

–¿Cuánto tiempo tengo?

–Una semana… quizá menos.

Poppy apoyó una mano en la de él.

–No puedo detenerlo.

Poppy bajó la vista hacia él. Parecía mucho más viejo que cuando lo había conocido, casi diez años antes. Reconoció las líneas más profundas, ella también las tenía, eran de tristeza. Parecía diez años mayor de la edad que tenía, setenta, y ella tampoco se sentía como una mujer de treinta. Le dolían partes del cuerpo que a una mujer de su edad no deberían dolerle.

–No deberías tener que hacerlo, nunca pensé que me quedaría tanto tiempo aquí.

–Yo he sido muy egoísta al querer que te quedases conmigo, al no empujarte a hacer esto antes, pero tú… tus recuerdos de Caleb… –se le quebró la voz.

A ella se le hizo un nudo en la garganta. Había trabajado para los Durand doce meses antes de que Léon se retirase. Entonces, se había convertido en la tercera asistente personal de Caleb. Este solo había sido un jefe para ella, aunque había reconocido en él la determinación de conservar el negocio y evitar la bancarrota a su familia. Pero, en su cuarto año trabajando en la empresa, las dificultades habían sido imposibles de superar y Caleb había tenido que empezar a despedir a sus empleados…

Poppy pensó que no debía haber aceptado la oferta de trabajo de Konstantinos.

Pero lo había hecho. Konstantinos había visto en ella un potencial del que nunca antes le habían hablado. Un potencial que había señalado en una reunión, cuando ella había propuesto un calendario viable para que Konstantinos y Caleb pudieran trabajar juntos y aliviar las preocupaciones de una empresa de carga que pretendían adquirir juntos, minimizando así el riesgo económico para sus

respectivos negocios. Especialmente, porque Durand estaba explorando nuevas iniciativas para estabilizar los ingresos de la compañía.

Konstantinos había dicho que una joven lo bastante valiente como para alzar la voz en una reunión en la que debería estar tomando notas merecía una oportunidad para crecer, y no había espacio para el desarrollo profesional en una empresa que estaba despidiendo personal, cerrando departamentos y asumiendo riesgos con proyectos nuevos, así que había pedido permiso para llevársela y Caleb la había dejado marchar.

Así era como se había convertido en la asistente personal del magnate naviero más rico del mundo. Konstantinos le había dado una oportunidad que nadie más le había dado, una oportunidad para crecer, para ser más, y aun así sus ojos habían seguido sus labios en cada habitación… observándolos hasta Londres.

En la oficina la había empujado a tomar las riendas de su crecimiento profesional y, en cada oportunidad que había tenido, también la había empujado a pedir lo que quería en la cama, a decirle lo que le gustaba mientras él la besaba.

Le había hecho sentir libre para ser honesta, cuando toda su vida había contenido sus palabras, midiendo las consecuencias de su sinceridad. Con él, no tenía que medir consecuencias.

Konstantinos se había convertido en su amante y amigo. Poppy le había contado cosas que no había contado a nadie antes, como que su padre era un adúltero y que ella había pasado toda la infancia conteniendo la respiración.

Él le había prometido que jamás tendría que hacerlo a su lado, que jamás tendría miedo.

Y cuando le había pedido que se casase con él… había sido el final feliz que Poppy había deseado, aunque no hubiese amor, sino amistad y confianza.

–Caleb era un buen hombre –dijo, apartando los recuerdos de Konstantinos de su mente.

Konstantinos no era la persona que hacía creer a los demás. No era digno de su confianza. La había abandonado en cuanto se había quedado embarazada. La había dejado completamente sola mientras

estaba destrozada, enferma. Porque Poppy había tenido una depresión posparto.

–Y un pésimo empresario –replicó Léon.

Ella dejó caer los hombros tensos. Nada de aquello era culpa de Léon. Él la había acogido, había hecho todo lo posible por ocultarla en su casa.

–No todos podemos ser buenos en todo –le respondió ella con suavidad.

Él sonrió, pero la sonrisa no le llegó a la mirada.

–Yo debería haberme mantenido al mando un poco más de tiempo, debería…

–No hiciste nada mal, Léon.

–Si hubiese hecho las cosas de otra manera, si no me hubiese retirado… –insistió, apretando los labios un instante–. Tu marido no habría tenido que rescatarnos. Y tú no estarías en esta situación.

–Solo él me ha puesto en esa situación.

Poppy había creído estar a salvo con Konstantinos.

–Viniste cuando yo no tenía nada ni a nadie –le recordó Léon con los ojos brillantes.

–Yo tampoco tenía a nadie.

–Tienes un marido –le corrigió él.

–Dejó de serlo en el momento en que me fue infiel –replicó Poppy furiosa–. Me traicionó.

Léon frunció el ceño.

–Lo siento, Poppy. Siento no haberte empujado a terminar con esto más pronto, a cerrar la puerta de tu matrimonio antes de llegar a este punto… crítico.

–Me ofreciste lo que necesitaba –le respondió ella–. Un amigo.

–Se nos ha acabado el tiempo. Va a asumir el control de Durand, va a venir.

–Me marcharé.

–Yo tengo una casa de campo. Puedes ir allí, si es lo que deseas.

Ella se inclinó y le dio un beso en la mejilla.

–Gracias.

Léon asintió.

–Haré todo lo que esté en mi mano para ayudarte.

Veinticuatro horas después

Konstantinos Ariti no era un héroe salvador, era el diablo en persona y aquella noche había ido allí a cobrar. Tocó el timbre dorado y las puertas negras de hierro de la mansión francesa de seis plantas se abrieron ante él. Era una propiedad única, con generaciones de historia reflejadas en los altos techos, en las molduras ornamentadas y en los suelos de espiga.

–Por aquí, señor.

Pasó junto al mayordomo, que mantenía la espalda recta y la cabeza inclinada. Conocía el camino y sabía a quién encontraría en el comedor formal, pero Léon había cambiado.

Aquel no sería como su encuentro tres años antes. No habría risas mientras tintineaban las copas.

Tragó saliva con dificultad.

No dejó que su mirada se posase en los retratos de los seres queridos que cubrían las paredes, pero la quietud propia de los que duermen para siempre y de quienes se quedan despiertos flotaba en el ambiente como una enfermedad.

Avanzó por el pasillo y su mirada se detuvo en los cambios ajenos a la decoración: la silla automática de las escaleras, la rampa.

Otra cabeza inclinada lo recibió al final. Una mano enguantada le abrió la puerta ornamentada, que había sido ensanchada.

Entró. Las ventanas dejaban pasar la luz anaranjada del atardecer sobre París. Jarrones de flores blancas adornaban cada superficie. El aroma era floral. Olía a Poppy, su esposa, y Konstantinos apretó los dientes.

Estaba en todas partes… Y en ninguna.

Durante todo un año, su fantasma lo había acompañado a todas partes, pero ella había dejado de existir. Y aun así… estaba en el aire que respiraba.

Se apretó el puente de la nariz.

Había pensado que eran iguales. Él nunca había querido casarse, pero la presión mediática lo había cambiado todo y había encontrado

la solución en Poppy.

Había sido un matrimonio de conveniencia, sin amor, pero él le había dado lo que Poppy quería: seguridad, lealtad y sexo. A cambio de un matrimonio de conveniencia con el que fortalecería los valores de su familia: «la familia y la salud, siempre lo primero».

Pero la prensa lo había destrozado cuando Poppy había desaparecido. La foto robada de su esposa frente al acantilado. *Desaparecida*. Medios de todo el mundo lo habían acusado de haberla mantenido oculta por su enfermedad mental, de no haberla apoyado, pero no era verdad. Él se había asegurado de que tuviese lo que su madre no había tenido. Ayuda.

Avanzó por la sala vacía.

–Konstantinos…

Se giró hacia Léon e intentó no clavar la mirada en la silla de ruedas, ni en las piernas mermadas debajo de la manta gris. Se obligó a mirarlo a los ojos y a tragarse el pésame que tenía en la punta de la lengua.

No podía permitirse sentir pena por nada ni por nadie. No volvería a sentir.

Había tenido sentimientos por Poppy y esta lo había traicionado. Nadie volvería a dejarlo tirado.

Esa noche se había permitido convertirse en lo que jamás había querido ser: su propio padre.

Un padre que había sido despiadado y cruel.

Pensó que aquello no era nada personal, solo estaba allí por negocios.

La única conexión personal que habían tenido había sido ella. A pesar de haber conocido a los Durand durante casi toda su vida, porque había estado en el internado con el hijo del magnate, nunca habían sido amigos.

Poppy sí había sido amiga, pero ya no eran nada.

–Léon –dijo, devolviéndole el saludo en tono frío, alargando la mano.

–Konstantinos –repitió el anciano, tomando su mano–. Gracias por venir con tanta rapidez.

–Ya estaba en París.

–Lo sé –le contestó él.

Vio cómo el anciano se dirigía con la silla de ruedas hacia la cabecera de la mesa y le hacía un gesto para que ocupase la silla que había a su lado.

–Siéntate.

Konstantinos suspiró, fue hacia la mesa. Aquello era parte del negocio, no era nada personal. Tomó asiento a su lado en una mesa que había compartido con él y su familia tres años atrás, cuando había salvado el negocio del magnate inyectando millones en él.

Nunca debería haberles concedido aquel préstamo. El negocio estaba hundido. Era un riesgo que normalmente no habría asumido, pero aquella cena… cuando las dos esposas habían llevado a la niña a la cama, dejando a los hombres solos para hablar, para mantener separados los negocios y la familia… había hecho mella en él. Lo había seducido con aquella sensación de tener una familia.

Nunca había tenido una familia convencional, pero aquella noche, al observarlos a todos, había comprendido por qué hacía lo que hacía. Por qué, cuando su madre había fallecido, él había jurado ser lo opuesto a su padre y construir un imperio que pusiera a la familia y la salud en primer lugar.

La familia… les daba fuerza a todos. Una fuerza que a su madre le había sido negada por su padre.

Todo su modelo de negocio se basaba en poner a la familia en primer lugar. Una promesa que le había hecho a su madre mientras la sostenía entre sus brazos.

Nadie tenía que quedar en segundo lugar frente al dinero. O al poder. Nadie.

Había sentido como una obligación moral salvarlos a todos. Y lo había hecho. Aquella noche había salvado el negocio familiar de Léon, pero Léon ya no tenía familia. Y él, tampoco.

Y Konstantinos solo se iba a proteger a él mismo.

Observó la mesa perfectamente dispuesta. Las tres copas de cristal.

–¿Por qué hay tres servicios? –preguntó.

–Pensé que esta noche podría requerir un mediador –admitió Léon.

Konstantinos frunció el ceño.

–¿Un mediador?

–Vamos a hablar de un tema complicado: tu esposa.

–Mi esposa no es asunto tuyo –replicó él.

–Por supuesto que lo es. Es la razón por la que estás aquí.

Los inteligentes ojos azules de Léon se clavaron en los suyos.

–Los rumores acerca de tu esposa no van a terminar, aunque tomes el control de mi empresa.

–Sí lo harán –replicó Konstantinos.

Les demostraría a todos que era más fuerte que nunca. Antes o después de ella.

–No lo harán. La prensa… cuestiona mi salud mental con sus repugnantes artículos, porque busqué refugio en mi casa tras la muerte de mi familia. Y se burlan de ti por la desaparición de tu esposa después de perder a tu hijo. Exhiben nuestro dolor a diario.

La garganta de Konstantinos se secó. Imágenes, demasiado nítidas, estallaron en su mente.

Su hijo en sus brazos. Sus oídos habían intentado captar el latido de un corazón que ya no latía. Escuchar su respiración. Había apoyado la mano, demasiado grande, sobre su pecho inmóvil. Había esperado a que abriera los ojos, pero no lo había hecho.

Nunca había abierto los ojos y él había sentido que había fallado.

No había cumplido su promesa. No los había protegido cuando había jurado hacerlo. Protegerlos a ambos del monstruo que llevaba dentro. Un monstruo como su padre, capaz de abandonar a quienes debía proteger.

Nunca había querido arriesgarse a tener un hijo.

Quería que el ADN de su padre terminara con él.

Y así había sido.

Isaak estaba muerto porque él lo había permitido.

Se puso tenso por el dolor, pero apartó aquello de su mente y de su corazón. Se negaba a sentirse como después de la muerte de su madre.

No lloraría a alguien que nunca había vivido.

No pensaría en él.

Su hijo. Nacido demasiado pronto…

–Deja que hablen, Konstantinos –insistió Léon–. Esos hombres que te vieron convertirte en quien eres y construir un imperio más grande que el de tu padre… nos han dado la espalda a ambos. Que se lleven sus negocios a otra parte. Que todo se hunda en el fondo del mar. Nada de esto importa.

Los rumores eran ciertos.

Léon se había rendido.

–¿Estás dispuesto a perderlo todo? –le preguntó Konstantinos.

–Todo lo que importaba ya me ha sido arrebatado –le respondió él.

Konstantinos retrocedió. Léon ya estaba muerto. Había muerto dos años atrás, cuando habían sacado al único superviviente del accidente de helicóptero: él. Su hijo, su nuera y su nieta… Fallecidos.

¿Cómo Isaak?

Hizo una mueca. No tenían nada en común. Aquello era un negocio, nada más.

Su padre había tenido razón. El poder solo pertenece a quienes están dispuestos a tomarlo… a quienes harían cualquier cosa por conservarlo.

La silla de Konstantinos raspó el suelo al levantarse.

–Desde esta noche, Durand Cruise Liners me pertenece para saldar la deuda que tienes conmigo.

–Tienes todo el derecho –respondió Léon sin emoción.

Konstantinos cerró los ojos.

No era la duda, sino el alivio lo que hacía que su piel se sintiera… extraña. Se estaba desprendiendo de un traje que había remendado demasiadas veces para encajar en un hombre que creía justo, pero que en esos momentos sabía que era un necio. Había corregido su error. Había cortado todo rastro de ternura y vulnerabilidad con la misma cuchilla con la que se había deshecho del cabello que había dejado crecer demasiado, mientras buscaba a una esposa que no quería ser encontrada.

«¿Y si sigue enferma?», se preguntó.

La imagen de ella en el acantilado cruzó su mente y apretó la mandíbula.

Poppy había tomado una decisión y, en esos momentos… Él también había tomado la suya.

Abrió los ojos.

–Los documentos llegarán mañana, tienes que firmarlos –añadió.

Léon inclinó la cabeza.

–Lo haré.

Konstantinos no sintió que aquello fuese una victoria. No podía sentir nada. Se giró para marcharse…

De repente, sintió un frío intenso por todo el cuerpo, se tambaleó. Su mirada recorrió el rostro que había en la puerta a cámara lenta.

Los ojos azules.

Las pestañas demasiado largas.

Los mismos ojos que había buscado durante doce meses.

Sus pulmones se olvidaron de respirar.

Su mirada recorrió aquel rostro en forma de diamante, los pómulos altos salpicados de pecas, la nariz delicada, la boca rosada entreabierta. El cabello suelto, más largo, cayendo sobre el cuello abierto de la camisa blanca demasiado grande, rozando los muslos cubiertos por unos vaqueros azules…

Dio un paso atrás.

No podía ser.

–Me…me… has traicionado –balbució ella, rota.

Parpadeó lentamente. Siguió su mirada.

–Perdóname, Poppy –le suplicó Léon–. Lo entenderás con el tiempo. Era la única opción. Siento no haberte avisado. Sabía que huirías… Pero me quedaré contigo, si quieres.

Konstantinos empezó a entender. ¿Léon era el mediador?

Volvió a mirar a su esposa.

La había buscado durante un año. Las pesadillas habían vuelto. Olas, algas… pero no era su madre a quien intentaba salvar.

Era Poppy.

Ahogándose.

Las luces de los equipos de búsqueda. Los helicópteros sobrevolando la isla.

Había prometido protegerla. No había podido salvar a su madre, pero a Poppy, sí.

Él no era su padre.

Y aun así…

Ella lo había abandonado.

¿Como su madre?

Le dolió el pecho. Había fallado a su madre y a Poppy. Había dejado morir a su hijo. Les había fallado a todos.

Le costó respirar y se dijo que lo había hecho todo bien.

No había sido culpa suya, sino de ella. Ella lo había destruido todo.

Lo había destruido a él.

El hielo en sus venas se rompió, lo reemplazó el fuego.

Ella le había prometido quedarse, pero lo había traicionado.

Y Léon… La había ocultado allí. La había escondido de él.

–¿Todo este tiempo… has estado aquí? –preguntó, avanzando hacia ella.

Poppy retrocedió, alzando las manos.

Sus ojos buscaron la salida.

–Poppy.

Ella giró y echó a correr.

Él reaccionó al instante.

La alcanzó.

Ella llegó a la puerta.

Sus miradas se encontraron.

–Ven conmigo –le ordenó él–. No abras esa puerta.

Pero ella lo hizo. Y desapareció.

La rabia lo atravesó.

Konstantinos llegó a la entrada y gritó hacia la noche de París:

–¡Poppy!

Capítulo 2

Poppy entendió lo que era aquello: un grito de guerra.
Oyó cómo Konstantinos rugía su nombre y sintió un escalofrío y cómo se le erizaba el vello de todo el cuerpo como respuesta.

Había huido de aquel enfrentamiento durante meses y seguía sin estar preparada.

Clavó la mirada al frente y echó a correr con la intención de no detenerse. Sabía que no podía correr más deprisa que él, pero podía esconderse.

Se metió en un callejón entre dos edificios altos. Levantó la vista y vio apartamentos, balcones metálicos y escaleras de incendios. A su alrededor vio puertas blancas, tiró de un pomo plateado. Cerrada.

Miró hacia el final del callejón y vio unas verjas metálicas que bloqueaban el paso. Corrió hacia ellas, pero estaban también cerradas por un candado y la parte superior estaba cubierta por puntas afiladas como espadas.

–Poppy –dijo una voz a sus espaldas.

Ella contuvo la respiración, se giró bruscamente.

La figura de Konstantinos llenaba todo el callejón, bloqueando cualquier vía de escape. Iba vestido todo de negro y se estaba acercando a ella.

Poppy se quedó rígida, inmóvil.

Odiaba los enfrentamientos, había huido de ellos desde niña y esa noche había salido corriendo por instinto. Como cuando de niña había huido de las mentiras que su padre le contaba a su madre, de las discusiones acaloradas que seguían…

Tragó saliva con dificultad, pero no había manera de aliviar la tensión que invadía todo su cuerpo. No pudo evitar darse cuenta de que, además, sentía calor entre los muslos.

Él llegó hasta su lado y se detuvo.

Llevaba el cabello oscuro peinado hacia atrás a la perfección, tenía la nariz aguileña, los pómulos marcados y bien afeitados y una boca sensual. El cuello de la camisa negra, abierto, dejaba ver el cuello fuerte, tenso. El traje, también negro, con la chaqueta desabrochada, se ajustaba a sus hombros como una segunda piel.

Estaba tal y como lo recordaba… A pesar de que había intentado olvidarse de él.

–Vas a venir conmigo –le dijo Konstantinos, alargando una mano de dedos largos y bronceados.

¿Estaba temblando? No era posible.

Konstantinos no temblaba, no sentía.

Ella retrocedió y su espalda chocó con la valla de metal.

–No me toques.

No quería que le pusiese ni un dedo encima. No anhelaba su contacto ni echaba de menos el roce de sus dedos sobre la piel. No deseaba sentir el calor de su cuerpo ni la seguridad de sus brazos.

–¿Que no te toque? –repitió él.

–Vete, Konstantinos.

Él avanzó un paso más.

–No pienso irme a ninguna parte sin ti. Me debes una explicación.

Ella pensó que se lo merecía, por haberla engañado, como su padre a su madre.

–No te debo nada.

–Claro que sí, *poulaki mou*.

El apelativo cariñoso le hizo volver al pasado. A un cuento de hadas que nunca había existido.

–No soy tu pajarito –mintió Poppy.

Porque lo había sido. Solo suyo.

El poderoso Konstantinos Ariti le había dado la oportunidad de ser… más. Le había dicho que era como un pajarillo que golpeaba el cristal al hablar en aquella reunión. Y él le había abierto la ventana.

Aquello había despertado algo en su interior: la necesidad de sentirse elegida. Su padre nunca la había elegido. Nunca había renunciado a su otra familia, pero Konstantinos sí la había elegido.

En cada etapa de su relación, la había ido envolviendo. Le había ofrecido un puesto de trabajo que nadie más había pensado que pudiese desempeñar: asistente personal de un formidable magnate griego. Durante doce meses, la había manejado para que tuviesen una aventura y, después, la había tentado a casarse con él. Y, durante dieciocho meses, antes de quedarse embarazada, todo había sido exactamente tal y como él le había prometido.

Le había hecho creer, por primera vez en su vida, que estaba a salvo, que podía confiar en la vida que estaba viviendo. En la vida que había elegido junto a él. Que podía confiar en él.

Entonces… la llegada de Isaak lo había cambiado todo. La había cambiado a ella y había hecho que Konstantinos mostrase su verdadera cara y se comportase de manera fría y distante. No se había preocupado por ella ni por el bebé.

–No –admitió él–. Ya no eres un pajarillo.

La recorrió con la mirada de manera lenta, deliberada, como una caricia invisible que la hacía arder.

Konstantinos alzó la mano hacia su rostro y le rozó la mejilla con el pulgar para apartarle un mechón de pelo tras la oreja.

–Eres mi esposa.

Ella se estremeció.

–¡No me toques! –le espetó–. Maldito mentiroso.

Él dejó caer la mano.

–Nunca te he mentido.

Poppy recordó las fotografías y a aquella mujer con la piel oscura, perfecta, muy distinta a la suya, pálida y cubierta de pecas.

Isabella.

La había contratado para sustituirla. Ella misma la había formado.

El sonido de neumáticos rompió la tensión que había entre ellos cuando Poppy vio una limusina negra que bloqueaba la entrada al callejón.

–Vas a venir conmigo –repitió él.

Poppy levantó la barbilla, desafiante.

–No.

–He recorrido el mundo entero buscándote. Pensé que estabas muerta… pero aquí estás. Y no te voy a dejar sola en la oscuridad.

Poppy necesitaba terminar con aquello. No tenía elección.

Léon tenía razón, tenía que enfrentarse a la situación, pero… Se le encogió el estómago. Había huido muchas veces del conflicto, de su padre, escondiéndose bajo la cama cuando era demasiado pequeña para marcharse o escondiéndose en el parque porque sabía que no podía ir más lejos.

Nunca se había enfrentado a él ni le había dicho la verdad a su madre.

En ese momento lo entendió.

No había guardado los secretos de su padre solo para proteger a su madre, sino que también había querido protegerse a sí misma.

Porque había querido a su padre. ¿Qué niña de diez años no lo habría querido?

Él no había sido un hombre especial. No había tenido cualidades admirables más allá de estar presente. En el colegio muchos niños tenían padres divorciados y se burlaban de ella por tener una familia tradicional. Un padre y una madre. Le advertían que no duraría. Que su papá se iría. Igual que los suyos se habían ido.

Durante mucho tiempo había creído que su padre no era como los demás.

Había atado cabos en la adolescencia. Los niños con los que jugaba en el parque los sábados por la tarde cuando salía con él no eran unos niños cualesquiera, eran su otra familia. Sus hermanastros. Su padre tenía una segunda familia.

Había querido decírselo a su madre. Decirle la verdad. Que su padre dividía su tiempo entre dos vidas, pero le había dado miedo. Miedo a romper su familia, por pesada que fuera la mentira.

Ya no era ingenua.

Todo lo que había amado de su padre había sido una fachada. Les había mentido a todos. No se había preocupado por ninguno de ellos. Solo por él mismo.

Igual que Konstantinos.

Dio un paso atrás.

–Te odio –le espetó, con la voz vacía de cualquier emoción.

El pulso latió en la mejilla perfectamente afeitada de él.

Con la cabeza alta, Poppy pasó a su lado, ignorando cómo el aroma de él tiraba de sus sentidos mientras evitaba rozarle el hombro por milímetros.

Clavó la mirada en la limusina e ignoró su presencia amenazante a su espalda.

El chófer abrió la puerta y ella subió. Cerró la puerta de un tirón antes de que Konstantinos pudiera entrar.

Suspiró y se dejó caer sobre el cómodo asiento de cuero.

Le exigiría el divorcio.

A Konstantinos se le erizó la piel.

No necesitó girarse para saber que Poppy tenía la mirada clavada en él. Le perforaba la espalda. Tan consciente era de su esposa, de su olor, de su presencia, que su cuerpo vibraba desde las plantas de los pies hasta el cuero cabelludo.

Tragó saliva con dificultad y retiró el tapón de cristal del decantador, vertiendo dos dedos de un licor ambarino en dos copas. Las tomó y, solo entonces, se giró hacia ella.

Poppy estaba sentada en una butaca con la espalda recta y las rodillas juntas. Sus esbeltos brazos reposaban sobre el terciopelo blanco y le sostenía la mirada sin apartarla. No miró hacia el ventanal ni hacia las vistas de la Torre Eiffel que había al otro lado.

Konstantinos había seguido su rastro hasta allí, sin saber exactamente dónde estaba, pero sabiendo que estaba en Francia. Había comprado aquel ático porque estaba seguro de que la encontraría. En el lugar donde se conocieron, París.

Jamás habría imaginado que estaba con Léon.

Apretó los dientes. Debería haberse mantenido alejado de los Durand y de ella.

Había pensado que la presencia de Poppy en su vida iría convirtiéndose en algo cotidiano. Invisible. Que se le pasaría la necesidad de tenerla, pero no había sido así.

Había sentido su presencia mucho antes de que apareciera en aquella reunión en las Torres Durand. Había temido que fuera la razón por la que volvía una y otra vez, cerrando tratos que

normalmente no haría, solo para verla. Pero se había dicho que él no deseaba a nadie a ciegas. Sus amantes solían ser viudas, mujeres que no querían lo que él no ofrecía: matrimonio.

Su relación había sido diferente a cualquier otra. No había conocido a nadie como ella. Tan firme en sus convicciones. Le había dicho que su relación no interferiría con su trabajo. Lo quería a él. Solo sexo. No quería amor ni emociones. No quería matrimonio ni hijos.

Konstantinos la había visto como su reflejo.

Las reglas eran muy importantes para ambos.

El padre de ella había engañado a su madre y había hecho que Poppy se sintiera insegura en su propia casa. En un hogar que debía haber sido su refugio.

Él había prometido que nunca le haría daño. No tendría el poder de hacerlo, porque nunca la amaría, y ella había prometido no amarlo a él.

Le había hecho confesiones que no había compartido con nadie más, como el odio que había sentido hacia su padre. Eso era lo que tenían en común.

Ella se había convertido en su confidente. Su amiga.

Caminó hacia ella.

Poppy no parpadeó, y él tampoco.

No volvería a huir.

No hasta saber que estaba a salvo.

No cargaría con otra muerte en su conciencia. La de su madre todavía le pesaba. Y era un peso que arrastraba en cada brazada que daba por las mañanas en la piscina.

En otra vida, habría salvado a su madre.

En esa, tendría que salvar a todos los demás.

Había intentado salvar a Poppy.

Sabía que ella luchaba contra su propia corriente. Sabía que la marea había sido demasiado fuerte cuando Isaak murió. La había arrastrado con él. A la oscuridad. Su salud mental tras el funeral había sido tan… frágil. ¿Lo seguiría siendo?

Se detuvo frente a ella.

El aroma a flores inundó sus sentidos. Le quemó las fosas nasales.

Theos Mou…

Le tendió la copa.

–Bébete esto.

Los dedos esbeltos y elegantes de ella se alzaron y tomó la copa desde la base, evitando deliberadamente rozar los suyos.

Él la soltó.

Se llevaron el cristal a los labios al mismo tiempo, bebieron a la vez. El ardor se deslizó por su lengua. La garganta de ella se contrajo.

Él terminó antes y dejó la copa sobre la mesa auxiliar.

Poppy terminó la suya y la colocó junto a la de él. Y muy, muy despacio, apoyó las manos, con las palmas hacia abajo, en los reposabrazos. Separó las rodillas.

Se puso en pie frente a él.

Parecía su esposa, olía como ella, pero… era diferente. Había cambiado.

Una energía desconocida, extraña, vibraba en su cuerpo demasiado frágil.

No era la Poppy del acantilado.

Respiraba despacio, estaba furiosa, pero su Poppy no hervía en silencio. Su Poppy no se apartaba de su tacto. Su Poppy habría abierto la boca y acariciado sus dedos con la lengua. Los habría succionado.

Su esposa le habría permitido tenerla en aquel callejón.

Su esposa no lo odiaba. No odiaba al hombre que él era con ella. El hombre al que había pulido durante años. Un hombre honesto, que prometía proteger, que había intentado protegerla.

«Le fallaste. Y también a él», pero no quería pensar en el pequeño ataúd.

No pensaría en la caja sin peso sobre su hombro mientras la llevaba a una tumba demasiado pequeña.

No volvería a admitir que había provocado la muerte de su hijo. Jamás había debido permitir que fuera concebido, cuando sabía que sus genes eran defectuosos.

Apretó la mandíbula.

Ella alzó el mentón con brusquedad y dijo, sin emoción:

–Quiero el divorcio.

Él se quedó boquiabierto.

–No quieres el divorcio –replicó.

–Sí, lo quiero.

Poppy echó los hombros hacia atrás y dio un paso adelante. Él apenas retrocedió. No le daría espacio ni la oportunidad de huir de nuevo, pero le concedería la ilusión de no sentirse atrapada.

–¿Por qué querrías quedarte conmigo? –le preguntó ella–. Te odio.

–Ya me lo has dicho –le respondió él en tono frío, aunque por dentro se estremeció.

¿Cuántas veces había llamado su madre a su padre mentiroso? ¿Bastardo? ¿Cuántas veces había dicho que lo odiaba? Su padre había merecido su odio, su veneno. Había destruido a su madre, la había empujado al mar, pero él no merecía aquello.

Él nunca había herido a Poppy.

Dudó.

No. Había seguido las reglas. Había cumplido todo lo prometido.

Poppy no era ella misma.

No lo había sido desde hacía demasiado tiempo.

Bajó la mirada al pulso que latía bajo su piel. Quiso tocarlo, dejar caer sus dedos por su garganta y cerrar la mano sobre ese latido que sabía que latía por él.

–No sientes odio –la contradijo–. Es deseo.

–Estás equivocado –replicó ella.

–No –le respondió él–. No me equivoco.

–Me das asco.

–No te doy asco –le dijo, demasiado tenso, sin aliento.

Ella se inclinó hacia él.

–Sí me lo das.

Sus dedos rozaron su pectoral derecho.

El hambre que había reprimido durante demasiado tiempo lo invadió. Agudo, intenso, tensando cada músculo de su cuerpo.

–Pero si necesitas que…

Sus pechos rozaron el suyo. Los pezones tensos bajo la camisa hicieron que apretara la mandíbula para contener el impulso de desabrochársela, bajar el sujetador y llevarlos a su boca.

Un hambre que solo había conocido con ella lo atravesó.

Cerró los ojos.

Había pasado demasiado tiempo…

Abrió los ojos. Se encontró con el azul intenso de los de ella.

–¿Que si necesito qué? –le preguntó con rigidez.

Ella inclinó el cuello. Sus labios estaban tan cerca… El aire fresco y dulce de su boca rozó los suyos, y sus labios se entreabrieron por sí solos. Solo tenía que inclinarse y probarla.

–Pruebas –le dijo, elevándose sobre las puntas de los pies–, de por qué jamás volvería a quererte.

Una mano en su hombro, la otra se deslizó por su pecho y desapareció dentro de su chaqueta.

Su mente se nubló. Su contacto, sus labios… contradecían cada palabra.

Tragó saliva. Lo excitaba con una facilidad devastadora.

Se endureció.

–¿De qué estás hablando? –susurró, asaltado por las sensaciones.

–De esto.

Se apartó, y en su mano tenía el teléfono móvil de él.

–Ladronzuela… –murmuró Konstantinos.

–Dime el pin.

–¿Por qué me has robado el teléfono?

–No me lo habrías dado si te lo hubiera pedido.

–¿Y para qué lo quieres?

–No tengo el mío.

–Te lo recuperaré.

–¿Me das el pin?

Él la observó. El rubor en sus mejillas. El temblor en sus dedos.

–De acuerdo.

Le dijo el número.

La vio abrir aplicaciones, introducir códigos… hasta que se detuvo.

Le tendió el móvil.

–¿Te suena?

Él miró la pantalla. Era él.

–Por supuesto.

Recordaba esa tarde. Su padre había muerto.

En la foto, sus hombros estaban tensos. No podía respirar dentro de la casa. El olor… la muerte… lo impregnaba todo.

–¿Y esta?

Otra imagen. Mismo lugar. Mismo momento. Isabella besándolo.

Él alzó la mirada hacia ella y lo entendió. No estaba triste ni enferma.

Había creído que lo había dejado por Isaak.

–¿Crees que estaba acostándome con ella?

–No lo creo –le contestó Poppy–. Lo sé.

Capítulo 3

Konstantinos sabía que Poppy había crecido en una casa llena de mentiras y que la lealtad formaba parte de sus reglas.

Y así había sido durante todo su matrimonio. Y también antes y después de que se hubiese marchado.

Durante cinco largos años solo había existido ella.

–¿Qué es lo que sabes, *glikia mou*? –le dijo él–. No me has preguntado nada.

La había protegido, le había ocultado la muerte de su padre porque no había querido exponerla más. Acababan de enterrar a Isaak cuando había descubierto que su padre se estaba muriendo. Y había hecho todo lo posible por evitar que aquello afectase a Poppy.

«Mentiroso. Cerraste la puerta mientras ella lloraba».

Se le hizo un nudo en el estómago.

No había podido llorar con ella, había tenido que seguir funcionando. Ni siquiera la había consolado.

No había podido escucharla llorar y… no sentir. Y no podía correr semejante riesgo. Los sentimientos no solucionaban nada.

Había contratado a varias enfermeras para que la cuidasen mientras Poppy hacía reposo absoluto en casa en lugar de estar en el hospital. La había evitado por temor a que sus sentimientos, su preocupación, su instinto maternal, acabasen afectándolo también a él, haciéndole reaccionar y… sentir.

Había necesitado mantener la cabeza fría, como con su madre. Había fallado a su madre por permitir que las emociones lo dominaran cuando debía haber permanecido sereno.

Se había jurado que, a partir de ese momento, mantendría siempre el control. Había jurado proteger siempre a Poppy y a su hijo, pero ella había perdido…

Se le cortó la respiración. Poppy no había perdido a Isaak, sino que este había nacido muerto. Y una parte de ella… algo en su interior también había muerto. Él había contratado médicos, profesionales de la salud mental, para recuperar a la Poppy que había sido.

«Le diste la espalda».

Se había sentido tan impotente ante su dolor y su depresión como con los de su madre. Había hecho todo lo que había podido. Le había dado todo lo que necesitaba, la ayuda profesional que su madre no había tenido.

Su madre había muerto y Poppy había sobrevivido.

–¿Me dejaste por una fotografía? Me condenaste sin escucharme.

–Las imágenes no mienten.

–Yo tampoco.

–Ese eres tú –lo acusó ella–. La estás besando. Era mi sustituta en todos los sentidos, ¿verdad? Estaba allí todos los días en la oficina, tentándote con todo lo que yo te negaba… Te daba sexo.

–Nosotros teníamos sexo –le recordó él.

–Una vez… en meses.

Konstantinos apretó los dientes. Ninguno de los dos había querido un matrimonio convencional, debido a sus pasados. Ambos habían querido una persona en la que poder confiar, que conociera las reglas. Sin complicaciones emocionales, pero con seguridad, con lealtad. Y así había sido.

Hasta el accidente.

El anticonceptivo había fallado. Él había fallado. Poppy se había quedado embarazada y eso era irrevocable. Con un embarazo de alto riesgo de desprendimiento de placenta, el sexo había quedado fuera de la ecuación, pero él nunca había sido infiel.

Había visto crecer su cuerpo.

Había asimilado que iba a ser padre. Tendría un heredero. La línea Ariti continuaría sin la crueldad de su padre ni la enfermedad de su madre. Él lo haría diferente. Y entonces…

El corazón se le encogió.

Isaak ya no estaba.

No había necesitado a otra mujer. Había necesitado a su esposa, normalidad, que la vida siguiera como antes. Pero Poppy simplemente… había dejado de vivir.

–Querías pruebas –le espetó ella, agitando el teléfono–. Y aquí están. Mientes a todo el mundo. Finges ser honesto, pero es todo una farsa. Una mentira.

Sus palabras le martillearon las sienes.

Toda su vida se había obligado a ser honesto, todo lo contrario que su padre. Siempre cumplía su palabra y, aun así, ella lo había abandonado. Igual que su madre. Había dejado a un hombre entrenado para ser… perfecto.

Avanzó un paso hacia ella. Le quitó el teléfono de entre los dedos tensos. Giró la pantalla hacia ella.

–¿Sabes dónde se tomó esta fotografía?

–¿Qué importa dónde te acostaste con otra mujer?

¿Por qué importaba que ella lo supiera? Al fin y al cabo, él sabía la respuesta.

Aquella noche había intentado erradicar el último resto de suavidad que quedaba en su interior.

Tenía que convertirse en su padre para no sentir… dolor.

Apretó la mandíbula. El hombre que había cultivado desde la muerte de su madre se aferraba con uñas y dientes, desgarrándolo por dentro, exigiéndole calma… que se explicara. Y lo hizo. Con aspereza.

–Un hospital no es el mejor sitio para los preliminares.

–¿Por qué estabas en un hospital con ella?

–Estaba trabajando –contestó, encogiéndose de hombros–. El mundo no dejó de girar mientras esperaba a que muriera.

Ella frunció el ceño por completo.

–¿Quién se estaba muriendo?

–Esta foto se tomó instantes después de que falleciese mi padre.

Poppy se estremeció.

–¿Tu padre ha muerto?

–Sí, como habrías sabido si hubieras esperado a preguntarme por qué estaba sentado en la terraza de un hospital privado. Pero no

preguntaste, ¿verdad, Poppy? No esperaste a que te dijera que ella me besó y yo la aparté.

Apagó la pantalla y se guardó el teléfono.

–Simplemente… desapareciste.

Poppy se tambaleó por dentro.

Konstantinos nunca le había mentido antes. Ni siquiera al principio. Le había dicho la verdad. Era la base de su relación. Era un hombre brutalmente honesto. No había suavizado su sorpresa por el embarazo. Le había dicho la verdad. Nunca había querido un hijo. Ni siquiera entonces. Pero ya estaba hecho. Y cumpliría con su deber hacia ella y hacia el niño.

Proveer y proteger.

Nunca le había hecho promesas falsas.

No obstante, ella había estado segura…

Tras el funeral, había sido un desastre. No había sabido ni qué día, ni qué estación del año era. Solo había sabido que Konstantinos no estaba allí.

Estaba enferma y él había desaparecido.

Su ausencia se había vuelto más punzante cuando la medicación había disipado la niebla que envolvía sus pensamientos. Se había obsesionado con averiguar qué hacía cuando no volvía a casa. Y por qué, cuando lo hacía, iba directo a la ducha…

Había contratado a un detective privado.

Una semana después, este le había llevado las fotos. Y no había necesitado saber más.

No sabía que era un hospital privado.

No había vuelto a contactar con el detective, en su lugar, había llamado a Serena.

Las fotos habían confirmado todas sus sospechas: Konstantinos estaba haciendo lo mismo que su padre le había hecho a su madre.

Pero Konstantinos no le había sido infiel.

Había tenido la oportunidad y había rechazado a la otra mujer.

El golpe fue brutal.

Poppy le creyó.

Pero si él le había dicho la verdad…

–Tu padre –dijo con voz ronca–. ¿No crees que tenía derecho a saberlo?

–No era tu padre.

–No, era el tuyo –replicó ella, con el corazón desbocado–. Y yo era tu esposa.

–Eres mi esposa.

Su afirmación la sacudió. Había desmontado todas sus certezas. Pero sus instintos no le habían mentido, ¿verdad?

Él sí.

Le había ocultado algo. Algo importante. Y si era capaz de mentir por omisión… si podía ocultar que estaba esperando la muerte de su padre a su propia esposa… ¿qué más le habría ocultado? ¿Qué otros secretos podía guardar?

No quería ser la última en enterarse o, peor aún, morir en la ignorancia, como su madre.

Las mentiras eran un detonante para ella. Había crecido rodeada de ellas. La habían convertido en la mujer que era: reservada. Pero él había atravesado sus defensas. Le había hecho creer que podía tenerlo, aunque fuera solo a él.

Nunca había querido arriesgarse a que un niño sintiera lo que ella había sentido al crecer. Como si su lugar en su propia familia fuera accidental.

Le dolía el estómago. Nunca dejaría de doler. No habría otro bebé, pero siempre habría dolor. Así era la vida. Daba esperanza y la arrebataba en un instante. Y cuando volviera a golpearla…

¿Dónde estaría él?

Apenas lo había visto después de perder al bebé. Había pensado que la evitaba, que tenía una aventura, pero Konstantinos había elegido estar junto a un hombre al que odiaba mientras ella sufría.

Sí, había contratado profesionales, pero le había prometido que podría confiar en él, apoyarse en él, y no había sido así. No cuando realmente importaba. No cuando lo necesitaba.

–Sigo queriendo el divorcio –le dijo.

Su mandíbula se tensó como acero.

–¿Sigues queriendo el divorcio?

–Sí –afirmó, con el corazón a punto de salírsele del pecho–. Sí.

–No.

–¿No?

–No habrá divorcio –insistió–. Soy Konstantinos Ariti, tu marido, y vas a volver conmigo. Repararás el daño que has hecho a mi reputación. Les demostrarás que estás bien y que yo soy el hombre que protege a los suyos cuando están débiles… enfermos. Les demostrarás que estás viva.

–¿A quiénes? –preguntó ella, confundida.

–A la prensa.

Poppy parpadeó.

–¿A la prensa?

Hacía mucho que no leía un periódico… ni entraba en Internet. Desde que había visto su imagen en el acantilado después del funeral. No había querido saltar, solo… No sabía lo que había querido.

–Les demostrarás que siempre has estado a salvo y que eres mi devota esposa –añadió Konstantinos.

–¿Quieres que mienta?

–Sí.

–¿Que finja que seguimos juntos? ¿Que no ha pasado nada? ¿Por tu reputación?

–Sí –le confirmó él–.Tenía pensado pasar un tiempo en París… pero lo vas a hacer tú en mi lugar, empezarás a asistir a eventos. De hecho, empezarás mañana en el estreno de *Incapable de voler*.

–¿Qué es?

–Ballet ópera en el Palais Garnier.

–No puedo asistir… la prensa estará allí.

–Precisamente.

–No puedo hacerlo.

–¿Por qué no, *poulaki mou*?

–Porque han pasado demasiadas cosas como para fingir que todo está bien. ¡No es verdad!

–Te casaste conmigo para ayudar a mejorar mi imagen. Seguirás casada conmigo para repararla.

Algo murió dentro de ella.

Konstantinos no la quería de vuelta, solo quería que desempeñase un papel, que mintiese.

–No voy a mentir –le dijo–. Ni siquiera por ti.

–¿Acaso es mentira mostrar lo que fuimos? –le preguntó él en tono más suave.

–Basta –susurró Poppy.

–¿Tan terrible te parece recrear algo que fue real?

–¿Antes de… Isaak?

Él no pronunció su nombre.

Nunca lo hacía.

–Pasaremos la semana aquí –añadió.

Como si Isaak no hubiera existido.

–Y después volveremos a Grecia.

–Yo no voy a volver.

–Volverás. Y allí renovaremos nuestros votos.

–¿Renovar votos?

–Nadie dudará de la fuerza de nuestro matrimonio.

–Nuestro matrimonio se ha terminado.

–Elige habitación. Mañana empezarás a reparar el daño que has causado.

–No hemos terminado de hablar.

–Yo sí.

Salió por la puerta.

–¡Konstantinos!

Capítulo 4

Poppy arrugó la nariz.
No iba a llorar, pero sintió la necesidad de aliviar la tensión que tenía en el rostro.

¿Cómo había podido esperar que Konstantinos la dejase marchar sin más? Era un hombre controlador, que siempre quería estar al mando.

Dejó escapar una risa burlona.

Eso le había gustado de él nada más conocerlo, le había atraído su necesidad inquebrantable de tomar decisiones justas para todo el mundo, pero aquello no era justo.

¿Desde cuándo se había convertido en una persona tan interesada y egoísta? ¿Desde cuándo se había convertido en un desconocido?

Poppy se mordió el labio mientras pensaba que Konstantinos había cambiado cuando le había anunciado que estaba embarazada. Se había distanciado y ella se lo había permitido.

Le había permitido que la dejase sola en una habitación, en la otra punta de la casa, cuando el médico les había dicho que necesitaba reposo absoluto. Le había permitido que contratase enfermeras que la velasen.

Konstantinos había jugado a ser Dios desde otra habitación, había manejado su vida sin implicarse realmente.

Hasta que Poppy había decidido huir.

Clavó la vista en las puertas doradas del ascensor privado.

Podía volver a huir.

Respiró hondo.

Él la encontraría. Necesitaba que volviese a su lado y no se iba a rendir.

Poppy pensó que podía fingir, que podía negociar con Konstantinos de modo que ambos salieran beneficiados. ¿Y Léon?

Léon era su único amigo en esos momentos, tenía que ayudarlo. Conseguiría un trato que los ayudase a ambos.

Con el corazón a punto de salírsele del pecho, Poppy fue en busca de su marido.

El pasillo era un laberinto de puertas, pero solo una estaba entreabierta. Se detuvo frente a ella, levantó la mano, la cerró en un puño y… La puerta se abrió lentamente.

–Lo haré –le dijo, antes de que le diese tiempo a cambiar de idea.

Konstantinos estaba en el umbral. Se había quitado la chaqueta y tenía el primer botón de la camisa desabrochado, dejando al descubierto el leve vello oscuro de su pecho.

Poppy tragó saliva e ignoró el repentino calor que sentía en el vientre.

–¿El qué, *glikia mou*? –le preguntó él.

–Jugaré al juego que tú quieras para engañar a la prensa –le respondió–. Te ayudaré a cambiar la historia que los paparazzi han contado acerca de nuestra separación.

–¿Y qué quieres a cambio?

–Que me des el divorcio –le exigió–. Y que pongas la deuda de Léon a mi nombre.

–¿Para qué?

–Para poder cancelarla.

–¿Por qué acudiste a él?

Poppy se puso recta y lo miró a los ojos.

–Porque Léon entendía lo que era el dolor de haber perdido a un hijo.

Entonces, esperó. Esperó las palabras que Konstantinos no le había dicho nunca y que ella tanto había necesitado. Esperó que él le dijese que también había sufrido la pérdida de Isaak.

Pero Konstantinos no dijo nada.

Y ella pensó que no podía obligarlo a pronunciar palabras que no sentía.

–Es una buena oferta –añadió, con un nudo en la garganta–. Me parece justa, razonable. Todos obtendremos lo que queremos… lo

que necesitamos. Haré el papel de esposa devota en público a cambio de…

–¿Y en privado? –la interrumpió él con voz ronca y seductora.

Poppy clavó la vista en la cama con dosel que había detrás de su marido y sintió odio y deseo al mismo tiempo. Se echó el pelo hacia atrás y puso la espalda recta.

–No habrá nada entre nosotros.

Él arqueó las cejas.

–¿Estás segura? –le preguntó, recorriéndola con la mirada.

Poppy se fijó en las grandes almohadas blancas, en el algodón impecable… Y se sintió sola. Se debatió por dentro, pero Konstantinos no le había ofrecido sus brazos cuando más los había necesitado y ya no los necesitaba.

–Estoy segura –afirmó con la garganta seca, sabiendo que eran palabras fáciles de pronunciar y todavía más fáciles de olvidar–. Si vamos a hacer lo que te he propuesto, lo quiero por escrito, Konstantinos. Quiero un contrato.

–¿No te basta con mi palabra?

–Ya no.

Cuando se habían casado, en un espectacular evento en una catedral de Atenas, solo había necesitado su palabra. Había creído que su acuerdo duraría para siempre, sin necesidad de una salida.

–No confío en ti –admitió–. Quiero un contrato que detalle la deuda de Léon y que la transferirás a mi nombre. Quiero saber la duración del acuerdo y una lista de los eventos a los que debo asistir, detalles de cómo vamos a dormir…

–¿Y el sexo?

–¿El sexo?

–¿Debo añadir una cláusula que diga que no habrá sexo en nuestro matrimonio?

Poppy contuvo el aliento y contó hasta diez. No podía arriesgarse. No confiaba en él, ni en ella misma.

–Sí –le contestó, exhalando–. Añádela.

Preguntarle si quería aquella cláusula había sido una provocación. Konstantinos no había esperado aquella respuesta, pero era evidente que Poppy no quería que la tocase. No confiaba en él y eso lo enfadó.

–Esto no es una negociación comercial –le advirtió–. Soy tu marido y tú, mi esposa. Me tratas como a un extraño, como si quisiera aprovecharme de ti.

Ella se ruborizó.

–Me hablas como si no supiera que tienes un lunar bajo el pecho izquierdo –continuó Konstantinos–, como si no te hubiera besado nunca, como si no hubiese pasado la lengua por tu piel.

Vio cómo cambiaba de gesto y sintió calor en el pecho al ver el rubor de sus mejillas.

Poppy todavía lo deseaba.

–Eres un desconocido para mí, Konstantinos –le dijo.

Y sus palabras, su indiferencia, le atravesaron el pecho.

–No soy ningún desconocido –replicó él–. Conozco cada centímetro de tu cuerpo, tu aroma… Te conozco a ti.

–Yo no te reconozco.

–No he cambiado –protestó Konstantinos–. Soy el mismo hombre que…

–Eres frío, egoísta, no te importa lo difícil que sea para mí salir ahí afuera, delante de todo el mundo.

–Tú tampoco pensaste en mí, *agape*, cuando te marchaste y me dejaste solo ante las preguntas de la prensa.

–Me mentiste –continuó ella, llevándose la mano al pecho.

–No te mentí.

–No me contaste que tu padre… –empezó, pero se interrumpió–. No importa. Ya no somos quienes creíamos ser. Y lo que le has hecho a Léon esta noche es la prueba de que no eres el hombre con el que me casé. Estás tomando el control de su empresa sin pensar en las consecuencias. Ya solo piensas en ti.

Cerró los ojos, permitiendo que los latidos de su corazón lo invadiesen todo.

Konstantinos pensó que no había cambiado. Había sido todo lo que había prometido ser. La había protegido. Era ella quien había

cambiado. Cada día, según iba creciendo su vientre, lo había apartado de su lado.

La ira lo consumía, pero él nunca perdía la calma.

Se enorgullecía de ser capaz de controlar sus emociones. Sus padres habían sido muy imprudentes… La desesperación de su madre. La búsqueda incansable de poder de su padre. Les había corrompido. Las emociones… lo habían consumido todo.

La emoción había causado la muerte de su madre. Él la había dejado morir porque había entrado en pánico. Había perdido el control.

Y se había jurado que no volvería a ocurrir, que nunca más llegaría tarde a proteger a las personas a las que quería por culpa de la emoción.

Había decidido no amar, no sentir, pero todo había cambiado el día que había vuelto a casa y Poppy no estaba. La había buscado por todo el mundo para reconstruir su vida. Y en esos momentos la tenía allí… pero no era suya.

La sangre le rugía en los oídos. La recuperaría.

Aunque ella tenía razón. Ya no era el hombre con el que se había casado.

–¿Konstantinos? –lo llamó en voz baja.

Él alzó la mirada. Sus ojos recorrieron la suavidad vulnerable de su boca. Luego los elevó hasta el azul profundo de los de ella.

Vio desconfianza.

Pensó que era como su padre, por lo que no era digno de confianza, pero se tragó la rabia.

–Está decidido –sentenció.

–¿El qué?

–Te daré todo lo que me has pedido.

–¿De verdad? –le preguntó Poppy, frunciendo el ceño.

Konstantinos asintió.

–Durará un año.

–¿Un año?

–Tres meses de apariciones públicas y, entonces, renovaremos votos.

–¿Y después?

–Te quedarás en la isla. Sola.

–¿Sola?

–Yo trabajaré en el extranjero.

–¿En otro país? ¿Y yo… sola?

La idea de estar en su casa sin él le dolió.

–Volveré de vez en cuando para acudir a eventos públicos. Debemos parecer un matrimonio. Después, cuando mi reputación vuelva a estar limpia, nos divorciaremos y contaremos la verdad, que lo nuestro no pudo sobrevivir a la muerte de nuestro hijo.

Aquellas palabras le pesaron.

–Entonces, te dejaré libre, *poulaki mou*.

Se hizo un silencio entre ellos.

–Un año –repitió ella.

Konstantinos tragó saliva.

–El contrato estará preparado mañana.

Ya encontraría después la manera de recuperar el control. De momento, se lo daría todo, para después quitárselo.

–Buenas noches, Poppy –se despidió, y le cerró la puerta en las narices.

Capítulo 5

Poppy se sintió como si estuviese en una jaula dentro del rígido corpiño del vestido, jadeó, encorvada sobre el portátil que había en su tocador, mirando la pantalla sin parpadear.

Konstantinos… no parecía él.

Cerró los ojos e intentó no pensar en los cientos de imágenes en las que su marido aparecía desaliñado, con aire distraído… angustiado.

Volvió a abrirlos y bajó la mirada a la imagen que había en el centro de la pantalla. Konstantinos subía las escaleras de su jet privado, se había girado y sus ojos negros parecían ausentes, perdidos.

Y los paparazzi lo habían captado.

Poppy nunca lo había visto con la barba tan descuidada. Nunca lo había visto con un aspecto que no fuese impecable, en público o en privado.

La imagen lo era todo para él. Se preguntó por qué no le había importado que los paparazzi lo viesen así y escribiesen esos horribles artículos, artículos que ella llevaba toda la tarde leyendo.

Oyó que llamaban a la puerta y se le aceleró el pulso, se giró a mirarla y vio que se abría y aparecía Konstantinos vestido con un esmoquin impecable. Estudió el ángulo afilado de su mandíbula, su rostro perfecto.

Se le cortó la respiración y le dio un vuelco el estómago.

Konstantinos entró en la habitación.

–Es la hora.

–Necesito mi chal –le contestó Poppy.

Él miró hacia la pantalla encendida y Poppy se giró y la cerró apresuradamente. Recogió su chal plateado y el bolso de mano que

descansaba junto al ordenador.

–Tengo algo para ti –le dijo Konstantinos.

–¿El qué?

Él no respondió. La agarró por la muñeca y la ayudó a levantarse y ella se quedó sin aliento.

Konstantinos se metió la mano en el bolsillo.

–¿De verdad pensaste que no los reconocería?

En la punta de su dedo anular sostenía su anillo de compromiso, una esmeralda verde con diamantes, en un engaste triple de platino y su alianza de boda.

–Los encontré en Maël Bijoux.

Poppy sintió que le costaba respirar. El famoso joyero francés solo trabajaba con piezas únicas y antiguas. Ella no se las había vendido a ese joyero, había sabido que era arriesgado hacerlo.

–¿Cómo… cómo las has conseguido?

Él se las puso en el dedo.

–Joyas de semejante calidad se venden siempre a profesionales que conocen su valor –comentó él, dando un paso atrás–, no a prestamistas de barrio que se aprovechan de los pobres con precios inflados.

Poppy se ruborizó. Ella se había dirigido a una casa de empeño francesa y sabía que había aceptado una cantidad muy por debajo de su valor, pero…

–No necesitaba el dinero –le confesó con voz ronca.

–No habrías necesitado nada si te hubieses llevado el bolso –le respondió él en tono frío–. Mi equipo rastreó los anillos cuando salieron a subasta y yo los compré, pero después perdimos el rastro. Compré esta vivienda y esperé a que aparecieras. No sabía que habías estado todo el tiempo tan cerca.

Ella extendió la mano, miró los anillos y se sintió… equilibrada.

Miró a Konstantinos, que llevaba el pelo perfectamente peinado hacia atrás, la mandíbula recién afeitada. No era la imagen de las fotografías, en las que la barba larga ocultaba su rostro. Parecía otra persona y la prensa…

La prensa lo había cuestionado todo: sus decisiones empresariales, su matrimonio, el papel de ella en su descuidado

aspecto, su salud mental.

Le habían destrozado la vida. Habían vuelto a usar la foto de ella en el acantilado, llegando a la conclusión de que Konstantinos era un loco que había encerrado a su esposa, o que la había perdido junto a su hijo y ocultaba que ella se había quitado la vida. Y habían hablado de la muerte de su padre como el golpe final.

Konstantinos había construido un imperio protegiendo a los suyos. Esa narrativa lo habría destruido. Lo habían acusado de encubrir su muerte. Lo habían comparado con su padre y él odiaba a su padre y todo lo que este representaba, su brutalidad.

Poppy le había pedido a Léon que no le enseñase nada de lo que se publicase sobre ellos y se había encerrado en sus flores y en programas de televisión que trataban otros temas. No había querido saber cómo le había afectado a Konstantinos su desaparición, pero verlo así, tan triste…

Nunca lo había visto triste. Nunca lo había visto llorar, ni siquiera con Isaak dormido en sus brazos, ni en el funeral cuando ella no dejaba de llorar. Ni cuando había caído de rodillas por el peso del dolor. Pero en esas fotos estaba claramente… destrozado.

La emoción amenazó con ahogarla.

Lo evitó y se dirigió al ascensor. Apretó el bolso contra su pecho mientras él se colocaba a su lado. Las puertas se abrieron. Entraron. De pie, uno junto al otro. Tan cerca… y tan lejos al mismo tiempo.

Las puertas se volvieron a abrir. Salió al vestíbulo de mármol con columnas retorcidas y siguió caminando bajo el techo de vidrieras. El eco de sus tacones la acompañó hasta la limusina. Los porteros abrieron las puertas. Subieron, cada uno a su lado.

Las puertas se cerraron y el coche arrancó.

París se desdibujaba ante ella como una atracción demasiado rápida, brillante, viva.

Color. Había llenado su vida de color. De flores. De aromas de esperanza tras la muerte de Isaak. Pero en los últimos meses había sido una sombra. Y, en esos momentos, Konstantinos la arrastraba hacia la luz. La desconectaba del soporte vital y la obligaba a vivir.

Konstantinos habló en francés al conductor y la pantalla que los separaba de él se cerró. El espacio se volvió demasiado pequeño.

Demasiado lleno de él. Demasiado lleno del pasado.

Poppy cerró los ojos un instante.

Las imágenes y artículos de prensa giraban en su mente.

Contuvo el impulso de taparse la boca para ahogar un grito de culpa.

–¿Qué pasa? –le preguntó él–. ¿Qué te ocurre, Poppy?

–He visto los artículos. Sobre ti. Sobre mí. Sobre nosotros.

–¿Y?

–Me han parecido… –se volvió hacia él.

–¿El qué? –le preguntó Konstantinos, mirándola de manera penetrante.

–Repugnantes.

–Lo eran –asintió–. Esa es la cuestión. Esta noche vamos a cambiar la narrativa.

–Todo lo que han dicho… –le tembló la voz–. No pensé que hubiesen sido tan crueles.

–Ya lo has visto antes –le dijo él–. Así es la prensa.

Quería arrancarles los ojos a los paparazzi.

–No quiero que hables más de eso –le dijo Konstantinos.

Fue un golpe.

Nunca lo había hecho.

–Me preguntaste tú –le recordó.

Él se acercó más. Su muslo contra el de ella. Firme. Cálido.

–No quiero oír nada más.

Ella respiró hondo. Ahí estaba. El hombre del que había huido.

–¡Eres un bastardo sin corazón!

Él se encogió de hombros. Le sostuvo la barbilla.

–¿Te parezco frío?

Su cuerpo respondió.

Él inclinó la cabeza.

Poppy cerró los ojos.

–Konstantinos…

Este la besó y ella no se apartó. Apoyó las manos en su pecho y separó los labios.

Él la atrajo contra su cuerpo y metió la lengua en su boca.

Y Poppy respondió. Era un baile aprendido, pero el beso fue distinto, más profundo e intenso.

–Konstantinos…

Entonces, él se apartó.

Poppy lo sujetó. Sus miradas se cruzaron y tuvo la sensación de que volvía a casa.

–Hemos llegado –anunció él.

Luces, cámaras… ¿La habría estado preparando?

No. Él no era su hogar.

–Te odio –le espetó.

–Lo sé, pero también me deseas.

Ella quiso negarlo, pero no pudo.

Konstantinos no apartaba la mirada de su boca.

Todavía podía saborearla.

–Deja de mirarme así.

–Solo estoy mirando.

–Nos están esperando.

–¿Tienes prisa?

Sí, la necesitaba intensamente, por eso la había besado.

Ella estaba tensa.

–Quiero terminar con esto cuanto antes.

Quería huir.

Su mente volvió al vacío de un año antes, cuando Poppy había desaparecido, como su madre. Tragó saliva.

–Bien.

Abrió la puerta. Luces. No respondió a preguntas.

Solo necesitaban verla viva y estaba viva. Le abrió la puerta y se quedó sin aliento con aquel vestido rojo.

–¿Vamos?

Ella aceptó su mano. No temía a la prensa, lo temía a él, y tenía motivos.

–Sonríe, *agape*.

Ella obedeció y echaron a andar.

El Palais Garnier resplandecía ante ellos.

Poppy se detuvo y se giró hacia él. Todo el mundo los miraba, pero ella solo tenía ojos para él.

Konstantinos pensó que le daría todo lo que quería: un contrato, el divorcio, sin relaciones sexuales. No correría más riesgos. Se lo daría todo para después quitárselo.

La seduciría y cuando ella lo necesitase… La dejaría, como había hecho ella con él, pero… Sin ella solo había oscuridad y tras haberla encontrado, volvería a restaurar el orden de su mundo y habría luz, aunque no estuviese ella.

Capítulo 6

Si toca este botón… –le explicó el mayordomo.
Poppy gimió para sus adentros. No necesitaba que le dijesen cómo tenía que llamar a Konstantinos para que volviese al palco privado que les habían asignado. No iba a llamarlo, necesitaba un respiro.

A la función privada de aquella noche asistían una veintena de rostros conocidos que después harían que el público se lanzase a comprar entradas solo para sentarse donde las élites habían estado antes.

Había reconocido algunos rostros de su vida anterior y se había esforzado en sonreír, pero esa noche no tendría que hablar. Solo estaba allí para que la viesen y se sintió agradecida. Agradecida con el anfitrión que los había acompañado por el gran vestíbulo mientras les ofrecían champán, envueltos por la música de un violín que los abrazaba con una intensidad sensual, preparándolos para lo que estaba por llegar.

La música los siguió hasta la sala con detalles dorados y terciopelo rojo y, bajo el techo en tonos rosas y azules, Poppy pensó que nunca se había sentido más impostora.

No había querido sentarse junto a aquellas personas que la miraban con curiosidad y que al día siguiente alimentarían las habladurías con sus comentarios acerca de ella, así que se había sentido aliviada cuando Konstantinos la había agarrado del codo para llevarla hasta un palco privado mientras los demás ocupaban sus asientos en el patio de butacas.

El mayordomo desapareció detrás de la gruesa cortina y se quedaron solos.

Poppy dejó de sonreír.

–Siéntate –le dijo Konstantinos.

Y ella obedeció. Luego, su marido se sentó a su lado y estiró las largas piernas.

Las luces se atenuaron.

–Has estado bien –le dijo él, demasiado cerca en la oscuridad.

Poppy tragó saliva.

–Me alegro de que se haya terminado.

–No se ha terminado –le contestó él, rozándole el brazo con los dedos, mientras apoyaba el suyo en el respaldo de su asiento.

Cualquiera habría dicho que era un gesto inocente, tranquilizador, pero ella sabía que no lo era y se puso nerviosa.

–Seguirán ahí cuando salgamos –añadió.

Poppy se puso tensa.

Su paseo por la alfombra roja había sido un infierno. Había querido huir, pero no podía. Así que había avanzado al mismo ritmo que él, de manera lenta, deliberada, que dejaba claro que él tenía el control. No se había detenido ante las preguntas ni ante los gritos pidiendo fotos o ante los clamores de los paparazzi preguntando al unísono dónde había estado.

Konstantinos solo se había detenido cuando había querido y, entonces, había tomado su mano, la había besado y había dejado que todas las personas que había a los pies de las escaleras, con sus largos objetivos apuntándolos, supieran que ella había vuelto.

Era suya.

No, no lo era.

Ya nadie los observaba.

No había a quién engañar.

–Hasta que volvamos a salir –le dijo con rigidez.

Lentamente, con cuidado, Poppy buscó su mano en la oscuridad. Lo agarró por la muñeca y la apartó. La dejó caer en su regazo.

–Puedes dejar de tocarme.

No obstante, su cuerpo se rebeló porque ya echaba de menos el calor de sus dedos.

Se clavó las uñas en las palmas de las manos.

Una voz penetrante invadió el auditorio. El escenario cobró vida con figuras vestidas en tonos rojos y naranjas del atardecer, con alas negras, rotas, en la espalda.

La orquesta completa, situada bajo el escenario, marcó el ritmo a los bailarines.

Le habían dicho que la actuación de aquella noche sería diferente, una primicia en el Palais Garnier. Se trataba de una obra escrita y dirigida por un desconocido que ascendía con rapidez. Su debut. Una mezcla de movimientos clásicos acompañados por el murmullo de una orquesta completa, enriquecida con el contraste entre el fraseo hip-hop y la voz de una cantante de ópera.

Debería haber sido demasiado. Demasiados sonidos. Demasiados estilos…

Pero la conmovió. Aunque, por mucho que el espectáculo la atrapara, no podía obviar la presencia de Konstantinos.

Él solo la miraba a ella.

Y su mirada era demasiado intensa. Demasiado íntima.

–Te lo estás perdiendo –susurró Poppy.

–¿De verdad?

No volvió a tocarla, pero recorrió todo su cuerpo con la mirada, bajó por la garganta hacia el pecho con una lentitud peligrosa.

Y el traicionero cuerpo de Poppy se estremeció.

–Sigues tensa –comentó él.

Poppy no respondió.

–Puedo ayudarte.

–¿Ayudarme? –replicó ella en tono irónico.

–Puedo darte lo que necesitas.

A Poppy se le hizo un nudo en el estómago.

–¿Lo que necesito?

–Necesitas que te toquen, *agape* –le contestó Konstantinos en tono meloso–. Y yo me ofrezco a liberarte de la tensión que hace que tengas los hombros tan rígidos, para darte un respiro antes de que enciendan de nuevo las luces.

–No –lo rechazó ella, a pesar de que la oscuridad era demasiado tentadora–. No, gracias.

–No te estoy ofreciendo sexo –le aclaró él–, no quiero hacerte incumplir nuestro contrato.

–¿Entonces?

–Lo haría con imaginación, *glikia mou*.

La de ella se desbordó.

–No.

–Lo necesitas –susurró Konstantinos–. Me necesitas.

A Poppy se le cortó la respiración. Era un juego de poder, todo aquello, el contrato…

Le había sorprendido que él lo aceptase sin hacer cambios.

Poppy pensó que ella también podía jugar. Buscó su mano y la colocó en su propio regazo, sobre su vientre. Y supo que bastaría con una sola palabra, con su consentimiento, para que empezase un nuevo juego.

El suyo propio.

–De acuerdo…

Konstantinos no necesitaba oír más.

No había podido evitarlo. Quería avivar la llama en sus ojos, ver cómo se le aceleraba el pulso al ritmo de la música.

No podía provocar otro escándalo, pero su palco estaba situado en lo alto, a la izquierda, y las personas que estaban en el patio de butacas les daban la espalda y no podían verlos.

Podían hacerlo. Si tenían cuidado de no hacer ruido.

Se inclinó hacia ella y acercó los labios a la piel sensible que había bajo su oreja.

–¿Podrás guardar silencio, *agape*? –le susurró.

–Sí –le respondió ella.

Konstantinos bajó los labios por su cuello, la besó, pasó la lengua por su piel y chupó con fuerza en el lugar que había entre el cuello y el hombro.

–Oh –gimió ella en un susurro.

Konstantinos levantó la mano y llevó los dedos a la costura que ocultaba sus pechos, tensos por el deseo de ser acariciados. Rozó un pezón endurecido.

–Konstantinos… –volvió a susurrar Poppy.

Él sintió que le ardía la sangre al llegar a su ropa interior y notar la suavidad del muslo.

–Por favor… –susurró ella.

Él se puso tenso, la victoria estaba cerca. Movió los dedos arriba y abajo hasta que notó que su respiración se volvía rápida y profunda, hasta que supo que era el momento.

Entonces, apartó la tela que la cubría, sin más preliminares, sin suavidad, con un gesto certero.

Poppy cumplió su promesa y el grito quedó atrapado en su boca, pero él lo sintió.

Se movió con ella, sintió cómo respondía… hasta notar que estaba llegando.

–Venga, *agape* –la alentó en voz baja.

–¡Konstantinos! –gimió ella.

Y él se sintió triunfante.

Poppy abrió los ojos, pero no lo miró. Bajó la vista a su mano, que todavía estaba entre ellos, se la agarró y la apartó.

Él quería volver, pero no lo hizo, permitió que su esposa pensase que tenía el control.

–Gracias –le dijo ella, bajándose la falda con calma y colocando las manos sobre el regazo.

Tenía la vista clavada en el escenario mientras él la miraba a ella.

La quería rendida a sus pies, pero no lo estaba.

–Nos marchamos.

–¿Por qué? –le preguntó Poppy en voz baja.

Entonces, lo miró, tenía los ojos brillantes. Y llevó la mano a su muslo, subió por él.

–¿Quieres comprobar si tú también puedes ser silencioso, Konstantinos?

Él se puso tenso y Poppy sonrió.

–No romperé ninguna regla –le prometió, como había hecho él.

¿Lo estaba ganando a su propio juego?

–Puedo ayudarte –murmuró Poppy–. Necesitas que te toquen…

Sus dedos ascendieron lentamente.

–Necesitas que yo te toque.

Aquel giro del juego lo encendió. Y lo enfadó. Le agarró la muñeca.

–Yo no necesito nada.

Ni a nadie.

La soltó como si quemara y se puso en pie.
–Nos vamos. Ahora mismo.

Capítulo 7

Cinco días más tarde…

París bullía de actividad, las luces alumbraban las calles y la Torre Eiffel brillaba en todo su esplendor iluminada de noche.

Poppy tomó su chocolate caliente entre las palmas de las manos y le dio un sorbo.

Pensó que debería sentirse nerviosa… preocupada.

Esa noche era el baile de máscaras de Versalles y no estaba preparada. No se había vestido y estaba sentada en el balcón del ático que Konstantinos tenía en París, con la bata blanca de rizo y el pijama de franela puestos.

Esa noche tendría que volver a aparecer en público, tendrían que fingir que estaban unidos, que formaban un equipo.

Pero no era cierto. Él no quería hablar. No lo había hecho en el coche ni antes, pero ella lo necesitaba. Necesitaba hablar con él, esa noche, antes de volver al foco público.

Sabía que lo había enfadado, y ella también estaba alterada.

Todo había ido demasiado deprisa: su huida, captura y encierro. No había tenido ni un momento para respirar ni para pensar, solo había reaccionado, había respondido ante él.

Esos últimos días él la había evitado. Se había pasado el tiempo en reuniones supuestamente ineludibles, pero ella se había dado cuenta de lo que hacía. Ella también habría podido distraerse, pero se había obligado a pensar en lo que estaba pasando, a analizar cada una de sus decisiones.

–¿Por qué no estás vestida?

Ella se giró y lo vio con la corbata azul marino desatada alrededor del cuello, dejando ver los cuatro botones desabrochados de su

camisa blanca, que estaba arrugada.

–¿Y tú? –replicó.

Konstantinos salió al balcón.

–Me han informado de que has despedido al equipo de estilistas y estabas aquí en pijama, mirando al vacío.

–No me sentía preparada para recibirlos.

–¿Y el motivo está ahí afuera? –le preguntó él, mirando al cielo–. ¿Qué estás esperando exactamente?

–A ti.

Las fosas nasales de Konstantinos se dilataron.

–¿A mí?

–Tenemos que hablar.

Él se miró el reloj.

–No tenemos tiempo para hablar.

Poppy se dio cuenta de que estaba tenso.

–Habrá que encontrarlo.

Él se acercó un paso más.

–¿De qué quieres hablar? –inquirió–. ¿Quieres volver a decirme que soy un cretino infiel? ¿Que me odias? ¿Quieres que hablemos de Isabella?

–¿Por qué querría hablar de ella?

–Porque piensas que te fui infiel con ella.

–Isabella es tu secretaria.

–Lo era –la corrigió él–. La despedí el día que falleció mi padre.

Poppy lo dejó pasar.

–Trabajabais juntos, es posible que le gustaras… ¿A quién no?

–A mi esposa –replicó él con demasiada rapidez.

A ella se le hizo un nudo en la garganta.

–Sé que la rechazaste. Te creo.

Él no respondió.

–Siento lo de tu padre, Konstantinos.

–No necesito tus condolencias. Necesito que te vistas.

–Lo haré, pero antes dime cuánto tiempo estuvo enfermo.

–¿Mi padre?

Poppy asintió.

–Meses. Tuvo un cáncer de páncreas.

–Lo siento mucho… Sé que lo odiabas –le dijo, porque ambos habían odiado a sus padres–. ¿Por qué no me lo contaste?

Él apretó la mandíbula.

–Tú… estabas enferma. No necesitabas saberlo. ¿Para qué iba a decirte que un hombre que no te importaba nada se estaba muriendo? Yo necesitaba pasar página después de su muerte y tú no habrías ganado nada sabiéndolo.

–¿Y pasaste página?

Él sacudió la cabeza una sola vez.

Poppy suspiró. Fuesen cuales fuesen sus razones para no haberle hablado de su padre, no tenía ninguna excusa para haberse alejado de ella con la muerte de Isaak. Esa decisión le dolería siempre.

–¿Ibas a contarme en algún momento que estaba enfermo?

Él la miró. Tenía la mirada vacía, pero, por primera vez, Poppy se fijó en las sombras que había debajo de sus ojos.

–El día que murió –añadió él en tono inexpresivo–. Te lo iba a contar ese día, pero desapareciste.

Sus palabras la atravesaron como una daga en el pecho.

Konstantinos la había necesitado y ella no había intentado hablar con él. Lo había dejado solo.

Al fin y al cabo, no era mejor que él.

Ambos tenían la misma culpa de que su matrimonio se hubiese terminado.

Konstantinos se dio la media vuelta.

–Vístete, Poppy.

El cuarteto de cuerda resonaba bajo los altos techos abovedados. El tintinear de las copas acompañaba el murmullo de conversaciones privadas, donde se cerraban acuerdos entre champán y música.

Konstantinos no había formado parte de aquello durante demasiado tiempo y sabía que esa noche era la forma perfecta de regresar.

La prensa estaba en el exterior.

Las puertas doradas se habían cerrado tras ellos. Era un evento solo para la élite.

Se celebraban dos bailes de máscaras al año en el palacio. Uno, abierto al público, para el que se podían comprar entradas, y aquel, para el que se necesitaban invitaciones entregadas con manos enguantadas y en sobres de terciopelo negro, con letras escritas en tinta dorada.

Se dijo que debía prestar atención.

Estaba presente, pero no estaba allí.

Estaba pensando en Poppy, en lo que había dicho en el balcón. Su confesión. Poppy lo creía y eso lo había sorprendido. Seguía sorprendido, pero, aunque lo creyese, iba a marcharse.

«¿Tú quieres que se quede?», se preguntó.

Y contuvo el rugido que crecía en su pecho.

Quería que ella quisiese quedarse. Quería que admitiese que se había equivocado, que él no había incumplido su promesa de fidelidad. Quería ser el hombre en el que pudiese confiar y que Poppy lamentase su decisión de marcharse, que se arrepintiese de haberle dado la espalda.

«No pudiste protegerlos, ni a ella ni a Isaak. ¿Por qué iba a arrepentirse de haber dejado a un hombre incapaz de proteger a su familia?».

Había hecho lo que había podido.

Estaba viva.

Konstantinos supo que no debía estar allí solo, que debía moverse por el salón, pero solo tenía ojos para ella.

Era perfecta.

Brillaba bajo las lámparas de araña. Su garganta estaba desnuda y la marca que él le había hecho había desaparecido, o Poppy la había ocultado, no estaba seguro.

Una capa, ricamente adornada con lentejuelas y cristales, protegía su silueta desde los angulosos adornos de sus hombros hasta caer en cascada hasta el suelo, encontrándose con el fino tacón dorado. El vestido dorado de lentejuelas que llevaba debajo se ceñía a cada curva de su cuerpo.

Era una armadura de seda dorada.

Estaba demasiado lejos para oír lo que estaba diciendo, pero observó cómo se movían sus labios, cómo se los humedecía con la

punta de la lengua. Vio cómo alzaba la cabeza y la giraba. Y desde detrás de la máscara cubierta de lentejuelas, su mirada encontró la de él.

Había cumplido con su deber toda la noche. Había cumplido su promesa.

Había ido moviéndose por el salón, había bailado, charlado y sonreído.

En esos momentos no sonreía.

Había demasiada tensión entre ambos. Una fuerza magnética lo obligó a acercarse a ella.

¿Cómo en Londres?

No. En Londres había sido una explosión de deseo reprimido. En esos momentos deseaba a su esposa con la misma desesperación, pero no era como la primera vez que habían estado juntos.

En Londres no había pretendido llevársela a la cama, ni seguir después con ella.

Pero aquello era… diferente.

El deseo acrecentado por el tiempo, por el hecho de conocerla mejor de lo que se conocía a él mismo.

Ambos sabían que, en aquella habitación llena de extraños, se tenían el uno al otro.

Pero Poppy había hecho que se sintiese mal. Ella no había necesitado pruebas de su fidelidad, lo había creído y no había necesitado nada más. Y, no obstante, había querido que firmasen un contrato. Y quería el divorcio.

Konstantinos anheló apartar los ojos de ella y fingir indiferencia, pero no pudo.

Se sintió aliviado al ver que Poppy volvía a posar la mirada en la persona con la que estaba hablando. La vio sonreír y asentir, moverse. Tomó dos copas de champán de la bandeja de un camarero que pasaba por su lado y caminó bajo los frescos de los techos abovedados, la luz de las lámparas de araña la guiaba con cada paso.

El salón de los espejos creaba un efecto óptico maravilloso y hacía que la imagen de Poppy fuese interminable.

Se detuvo delante de él, le tendió una copa de champán que Konstantinos aceptó. Sus dedos se rozaron y sintió calor.

–Van a empezar los fuegos artificiales –le dijo él–. Deberíamos salir.

Porque su aroma lo envolvía y necesitaba aire. Necesitaba salir, poner distancia y que hubiese más personas entre ellos.

–Vamos a tomarnos el champán primero –le respondió ella, dando un sorbo lento a su copa–. Lo siento.

–¿El qué?

–Siento que pensases que no podías contarme lo de tu padre.

–No necesito tus disculpas, *glikia mou* –le contestó él, pero su cercanía y su sinceridad hicieron que se le encogiese el pecho.

Durante días, había mantenido las distancias con ella. Se había encerrado en su mundo de barcos y negocios. Había querido que ella lo anhelase y había esperado algo, una llamada o un mensaje de texto en el que le dijese que lo necesitaba, pero Poppy no lo había llamado ni le había escrito. Le había escrito su equipo para contarle que estaba sentada, sola, con la mirada perdida en el horizonte.

Konstantinos la había visto así demasiadas veces. La había observado desde la puerta de demasiadas habitaciones mientras ella se negaba a hablar o a vestirse.

Había visto hacer lo mismo a su madre. Esta también se había negado a comer, a hablar, a vestirse. Él había ido a sentarse sobre sus rodillas. Había esperado a que ella lo viese, pero nunca lo había hecho. Dijese lo que dijese, aunque intentase abrazarla.

El consuelo físico no era más que una manifestación tangible de emoción que no ayudaba a nadie. Tampoco habría ayudado a Poppy. Ella había necesitado a los profesionales que su madre no había tenido, no había necesitado sus brazos, pero no quería volver a verla perdida.

Sin embargo, esa noche, en el balcón, le había parecido que estaba tranquila, en paz. No tenía nada que ver con la Poppy que se había encontrado después de la muerte de Isaak.

Ya no estaba triste ni desesperada.

No era como su madre. Había sabido enfrentarse a las emociones, no se había dejado consumir por ellas, no había permitido que la

destruyeran.

Estudió su rostro cubierto por la máscara. Tenía el rostro dividido en dos, una parte dura, cubierta de cristales, y la otra… Sus ojos se detuvieron en la boca, suave y vulnerable. ¿Siempre había tenido dos caras? Sí, era vulnerable, pero también era fuerte, tan fuerte como para haber sufrido y llorado y, no obstante, estar allí, luchando.

–Pero es que lo sien…

–No vuelvas a disculparte –la interrumpió Konstantinos, dejando su copa en una mesa cercana–. No lo quiero ni lo necesito. Estamos aquí. La noche casi ha terminado y ha sido un éxito. Eso es lo único que importa.

Konstantinos fue hacia las pocas personas que quedaban en el salón, pero Poppy lo agarró de la muñeca con suavidad, sacudió la cabeza y miró hacia donde estaban los anfitriones, que instaban a los invitados que todavía quedaban en el salón a que saliesen al jardín.

Poppy se llevó un dedo a los labios. Movió la mano, entrelazó los dedos con los de él y lo guio hacia la puerta abovedada que había a sus espaldas.

Y Konstantinos permitió que lo llevase hacia la oscuridad, hacia una alcoba que no tenía ventanas.

Ambos tenían la respiración acelerada.

–Guarda silencio –susurró Poppy.

–¿Por qué nos estamos escondiendo? –le preguntó él en voz baja.

Ella volvió a llevarse el dedo a los labios.

Konstantinos sintió curiosidad, así que le siguió el juego.

Ambos se quedaron en silencio. Escucharon.

La música barroca del cuarteto de cuerda se apagó en la sala de al lado. Las luces se atenuaron.

Konstantinos esperó a que Poppy le dijese por qué quería que estuviesen allí, escondidos, porque tenía la sensación de que no era un motivo sexual.

Estaban los dos solos, en un rincón oscuro y, en cierto modo… Se sintió como si se hubiesen fugado.

Capítulo 8

Poppy apartó los dedos de los de él y le soltó la mano.

–Creo que ya se han ido todos –dijo, rompiendo el silencio y colocándose delante de él.

Konstantinos iba todo de negro, con algunos detalles plateados aquí y allá; parecía un ángel besado por polvo de estrellas.

–¿Y por qué querías que se fuesen? ¿Por qué no estamos con ellos?

–Tú no querías estar con ellos –le respondió Poppy, buscando sus ojos detrás de la máscara.

Era una máscara sencilla, de seda negra con delicadas espirales plateadas alrededor de los ojos. Le cubría los pómulos marcados y la nariz noble, pero no ocultaba sus ojos ni su boca.

Él apretó los labios.

–¿Qué te hace creer eso?

–Que yo tampoco lo quería.

Poppy se dio la media vuelta y volvió al salón de los espejos. Las luces estaban apagadas, pero el resplandor procedente del jardín iluminaba el espacio.

–Y como tú no querías, has pensado que yo tampoco, ¿no?

–Sí.

–¿Cómo lo has sabido?

Ella inclinó la cabeza y lo miró.

–¿Estaba equivocada?

–¿Cómo lo sabías? –insistió Konstantinos con voz ronca.

–Por pequeños detalles.

–¿Pequeños detalles?

–Como la tensión de tus hombros –le contestó ella–. O el latido de tu garganta–. Que en esos momentos pulsaba con fuerza bajo su

mirada.

–No estoy tenso –la contradijo.

–Lo sé porque estamos casados –le dijo Poppy–. Y porque me he dado cuenta de que no te apresurabas a salir… De que nos habíamos quedado atrás.

–Eres una criatura llena de contradicciones, Poppy. Me dijiste que era un extraño para ti. No puedes cambiar de idea de un momento a otro solo porque deseas que la velada termine antes de tiempo. Tenemos que salir al jardín.

Konstantinos se giró para marcharse, pero ella apoyó suavemente la mano en su brazo, lo detuvo.

Llevaba toda la noche interpretando el papel de esposa obediente. Había ignorado las miradas de curiosidad, las preguntas venenosas acerca de su vida y de su matrimonio, y lo había hecho por él, pero aquello iba a hacerlo por ella misma.

–Ya hemos hecho suficiente por esta noche –añadió, porque era cierto.

¿Había hecho ella lo suficiente?

Se le encogió el corazón. Había visto que Konstantinos no tenía ganas de seguir a los demás invitados. Se había fijado en pequeños detalles que cualquiera que lo conociese habría visto, si se hubiese fijado bien.

Ella no se había fijado antes y se sintió culpable por ello.

Los fuegos artificiales iluminaron el cielo.

Konstantinos agachó la cabeza.

–¿Querías quedarte atrás para esto?

–¿Para qué?

–Esto –le dijo él, besándola.

Apoyó las manos en su cintura y la apartó de la ventana para conducirla hasta la pared que había al lado.

Ella apoyó las manos en sus fuertes brazos. Supo que no debía permitir que profundizase el beso, pero lo hizo. Y lo besó apasionadamente.

Entonces, Konstantinos se apartó y ambos se quedaron sin aliento, mirándose.

–Quiero más –susurró Poppy.

Él se arrodilló, miró las capas de su falda, la agarró por las caderas y la besó en el estómago. Luego, buscó el dobladillo de la falda.

Ella se aferró a sus hombros.

–Dime que esto es lo que quieres –le ordenó, esperando.

Ella cerró los ojos. Intentó calmar el anhelo de su cuerpo, pero quería que Konstantinos le subiese la falda.

Su deseo seguía siendo tan intenso como siempre y Poppy conocía el motivo. Era porque en el balcón había visto algo, había visto vulnerabilidad debajo de aquel traje.

Konstantinos no había reaccionado a la muerte de su hijo con nada parecido al dolor que ella no había podido contener, pero en aquellos artículos, en aquellas fotografías, esa noche en el balcón…

Su imagen, su reputación, eran una armadura.

Su marido se había roto en el balcón y ella quería saber quién vivía detrás de la armadura. Quería verlo tan desesperado como ella y que se rindiese a las emociones que los atravesaban allí, en aquel momento.

¿Qué probaría eso?

Que era humano. Que tenía sentimientos.

Y si tenía sentimientos, podía sufrir y, tal vez, solo tal vez, sentía algo por su hijo.

–Sí –le contestó, preparándose mientras Konstantinos le subía la falda y la besaba en el interior del muslo.

Entonces, lo sintió allí, en la parte más íntima de su cuerpo.

–Poppy –susurró contra su piel.

Ella tembló y solo pudo pensar en tener su boca más cerca.

Konstantinos la agarró por las caderas y apretó la boca contra ella.

Poppy lo agarró por la cabeza.

–Sí –suspiró.

Él pasó la lengua arriba y abajo por encima de la ropa interior, haciéndola gemir.

Fuera, el cielo estalló en tecnicolor. Las paredes cubiertas de espejos que había delante de ella reflejaron un arcoíris de luz. Y también a ellos. Las luces de colores los sacaron de la oscuridad.

Era erótico. Era…

Konstantinos tomó su sexo con los labios y chupó con fuerza.

Ella gritó su nombre mientras sentía los fuegos artificiales dentro de sí, explotando de manera continua, dejándola sin aliento.

Konstantinos se incorporó y la apretó contra su cuerpo excitado. Poppy apoyó la cabeza en su hombro y respiró.

Entonces, pensó que su marido siempre había sido quien tomaba las riendas de las conversaciones antes y después de la cama. ¿Y si lo hacía ella? ¿Y si intentaba tomar el control? Ya lo había intentado en una ocasión, pero él no se lo había permitido.

Se arrodilló.

Konstantinos la vio agacharse y se puso a temblar.

Poppy se había arrodillado ante él. Nadie los podía ver. Y pensó que debía sentirse victorioso, afortunado, pero casi no podía respirar.

Ella tenía la vista clavada en su pantalón. Lo agarró por las caderas, luego llevó las manos al cinturón de piel y las detuvo allí.

Bajó la vista e inclinó la cabeza.

Y Konstantinos se excitó todavía más.

Ella lo besó en el estómago, por debajo del ombligo. Le desabrochó el cinturón con dedos temblorosos y después hizo lo mismo con el botón. Le bajó la cremallera. Y bajó con los labios por su cuerpo, por encima de la tela que cubría la curva de su erección.

Él deseó que la barrera que había entre ambos desapareciese, pero no se bajó los pantalones ni los calzoncillos. Poppy fue recorriendo su erección con pequeños besos.

Konstantinos cerró los ojos, apretó los puños. Se negaba a hacer lo que su cuerpo le pedía. No iba a liberarse. No iba a arquearse hacia delante para buscar el calor de su beso prometido.

No abrió los ojos cuando ella levantó la cabeza y apartó los labios, pero el anhelo no disminuyó, sino que aumentó al darse cuenta de que Poppy intentaba desabrocharle los botones frontales de los calzoncillos y notó que metía la mano dentro, que lo encontraba y lo acariciaba.

Se estremeció.

Aquello era una victoria, ¿no?

Aquello significaba que había recuperado el control.

Estaba solo a un paso de su objetivo final.

Poppy lo deseaba, a pesar del contrato que le había hecho firmar. Estaba jugando con sus propias normas porque él había hecho que lo desease. Le había hecho pensar que estaba a salvo si se cumplían sus normas.

Pero no sabía por qué tenía la sensación de que no llevaba las riendas él, sino ella. ¿Por qué le temblaban las rodillas? ¿Por qué tenía la sensación de que no estaba consiguiendo sacársela de la cabeza, sino todo lo contrario?

Aquello no era lo que quería.

Estaba casi cegado por el deseo.

A punto de perder el control.

Se puso tenso y la agarró por los hombros. Hizo que se incorporase contra su pecho.

–¿Qué ocurre? –le preguntó Poppy sin aliento, llevando las manos a su mandíbula que parecía esculpida en granito.

Konstantinos desenterró los dedos de su pelo, vio cómo varios mechones se soltaban del moño que llevaba en la nuca y caían sobre sus hombros. Se miraron fijamente. Poppy tenía los ojos tan azules, tan abiertos, tan tentadores. Solo pudo pensar en besarla.

Pero se iba a controlar. Iba a acabar con aquello. En ese momento.

–Poppy –le advirtió.

–Konstantinos –le respondió ella, bajando las manos a su miembro, liberándolo y acariciándoselo.

Él perdió el control. La empujó de nuevo hasta la pared.

Poppy lo besó con más intensidad, enterrando la lengua en su boca.

–Ahh –gimió Konstantinos.

Era demasiado placentero, demasiado doloroso. Demasiado… todo.

Era todo lo que había echado de menos. A ella.

Poppy separó las piernas y lo empujó con las caderas.

–Necesito tenerte dentro, Konstantinos. Ahora.

Eso lo excitó todavía más.

Aquello era lo que él quería, la completa rendición de su esposa, pero la sensación no era de victoria. La sensación que tenía era de que aquello era… lo correcto. Que aquel era su lugar, entre sus piernas, en su interior.

Le agarró el vestido a la altura de las caderas y la ayudó a levantar las piernas.

–*Theos mou…*

Ella entrelazó los zapatos de tacón en la parte baja de su espalda. Konstantinos la agarró por el firme trasero, sujetándola y levantándola, notando su calor en el centro del cuerpo.

–Por favor –le suplicó ella contra los labios.

Él arqueó las caderas y empujó. La barrera de sus braguitas cedió, pero no le dio lo que quería. Quería aliviarse en su interior.

Konstantinos apartó los labios de los de ella y enterró la cabeza en la curva de su garganta. Movió las caderas.

–¿Konstantinos? –preguntó Poppy, al notar el calor de su erección en el vientre.

–No tengo protección.

–Estoy tomando la píldora.

Aquella era una tentación agridulce.

–No es suficiente. Ya nos ha fallado antes.

–Cosa que no suele ocurrir –le aseguró ella, pero Konstantinos no estaba convencido.

Sabía lo que podía pasar y recordaba lo que habían perdido porque la píldora había fallado.

–Es demasiado riesgo –rugió.

En el pasado no había tenido el suficiente cuidado y Poppy se había quedado embarazada.

Había sido culpa suya. Todo había sido culpa suya.

–No –decidió.

Había estado a punto de volver a fallarle. De volver a fallarse a él mismo.

–Tenemos que parar.

–Por favor –le dijo ella–. Es muy poco probable que la píldora nos falle dos veces.

–No –repitió él, bajando la pierna de Poppy al suelo y apartándose.

Le dio la espalda y fue hacia la salida más cercana mientras se subía la cremallera del pantalón y se abrochaba el cinturón. Dejó de andar. La esperó.

Sus tacones hicieron ruido mientras se dirigía hacia él. Tenía los hombros y la espalda rectos, los pies apoyados con seguridad en el suelo. Era una postura combativa, la misma que tenía él.

Y Konstantinos entendió que esa noche había perdido la batalla. Que era débil.

Poppy había tenido el control de la situación hasta que él había decidido parar. El riesgo era demasiado elevado para ambos. No obstante, de haber tenido un preservativo…

Tenía que reforzar su autocontrol.

–Volverás a casa –le dijo–. A Grecia.

–¿Yo sola? –le preguntó Poppy, arqueando una ceja.

–Debes…

En realidad, lo necesitaba él.

–Necesito tiempo –admitió con honestidad, con la voz ronca–. Lejos de ti.

Capítulo 9

Una semana más tarde

Poppy se sacó de la boca la funda de plástico que cubría el alfiler y lo clavó en el pétalo morado. Después, lo fijó en la mesa veintiséis. La mesa veintiséis estaría decorada con motivos morados que complementarían el naranja intenso de la veinticinco durante la celebración de la renovación de sus votos.

Konstantinos había contratado a todo un equipo para organizar la ceremonia, pero ella estaba ocupándose de la planificación.

Necesitaba tener algo en lo que concentrarse para poder dejar de pensar en él.

Retrocedió un paso y observó la disposición de las mesas. Había convertido el salón en su centro de operaciones.

Había echado de menos organizar eventos. Había sido su trabajo y se le había dado bien. Y así era como intentaba pensar en aquella ceremonia, como en otro evento más, pero no le estaba sirviendo de distracción.

Tomó otra flor y la clavó con brusquedad en la mesa veintisiete.

No había echado de menos trabajar cuando se casó con Konstantinos, le había gustado ser su esposa. Le había gustado todo de su nuevo papel: la ropa, las joyas, los compromisos sociales, las cenas de negocios o las comidas íntimas con directivos y sus esposas, donde ella no tenía que tomar notas ni preparar informes sobre quién asistiría para informar a Konstantinos de lo que debía saber acerca de sus vidas personales.

Él la había tomado de la mano y la había guiado hacia aquella maravillosa vida y Poppy nunca se había sentido fuera de lugar en ella. No se había preguntado nunca si Konstantinos la quería, como

le había ocurrido con su padre. Había tenido claro que Konstantinos la quería y que la necesitaba para dar la imagen que quería dar.

Poppy había pensado que su matrimonio era un lugar seguro en el que nadie podía salir herido, una relación basada en el respeto, la confianza y la seguridad, pero Isaak había sacudido los cimientos de su unión.

Había roto las reglas y había hecho añicos todo lo que Poppy había creído tener, haciendo que su vida le pareciese vacía, un lugar solitario, superficial.

Había esperado que Konstantinos estuviese allí para ayudarla, pero nunca se lo había pedido. Nunca le había dicho lo que necesitaba, no con palabras.

Había dejado de ser sincera con él en el momento en el que se había quedado embarazada. No había estado preparada para mostrarse vulnerable, aunque lo había hecho al enfermar.

Y eso había puesto de manifiesto lo frágil que era su relación. Su matrimonio no había podido resistir la inesperada dureza de la realidad, porque lo que los mantenía unidos: el sexo y unas conversaciones poco profundas, no los convertía en amigos de verdad. Por eso no había sobrevivido su matrimonio.

Poppy pensó que necesitaban hablar de la distancia que había entre ellos y afrontar lo que tenía en su interior.

Oyó crujir la madera y se giró hacia las puertas.

Vio moverse el pomo, moverse la madera, y se encontró con la mirada de Konstantinos, que estudió sus pantalones vaqueros cortos deshilachados, sus piernas desnudas y las uñas de los pies sin pintar antes de desviarla a los paneles con los que Poppy estaba organizando la celebración.

–¿Cómo va la planificación?

A ella se le aceleró el corazón.

–No quiero hablar de la ceremonia.

Él entró en la habitación y cerró las puertas.

–¿Por qué no?

–Quiero hablar de lo que ocurrió en Versalles.

Él negó con la cabeza.

–No volverá a pasar.

–No pasó nada –lo contradijo ella–, porque tú no quisiste.

–¿Pero tú deseabas que ocurriera? ¿Deseas que ocurra algo entre nosotros? –le preguntó Konstantinos, mirándola a los ojos.

Se detuvo frente a ella.

–¿Qué hay del contrato?

El contrato la había dejado completamente expuesta. Había intentado protegerse incluyendo una cláusula que establecía que no tendrían sexo, pero se había vuelto contra ella.

–¿Deseas que tengamos sexo? –continuó Konstantinos.

–No lo sé –admitió Poppy.

Lo había deseado en Versalles y seguía deseándolo, pero pensó que no era eso lo que necesitaban en aquellos momentos.

Le ardieron los ojos.

–Si no es por el sexo, ¿por qué ya no quieres que cumplamos con el contrato?

–Necesitamos perdonarnos y sanar, Konstantinos –susurró ella–. Necesitamos… cerrar esto, pero no lo conseguiremos si seguimos haciendo lo mismo de siempre.

–¿Lo mismo de siempre?

–Empezar conversaciones y terminarlas en la cama.

–Hace mucho tiempo que no estamos juntos en la cama.

–Si llevamos esta conversación a la cama, nuestro matrimonio quedará sin zanjar, aunque nos divorciemos. Nos debemos… mucho más –le explicó ella, levantando las manos–. Mucho más que un contrato que nos separa todavía más. Porque, si seguimos así, con esta lucha continua de poder, alguien va a salir perdiendo. ¿Y no crees que ya hemos perdido bastante?

Él se estremeció de manera casi imperceptible, pero Poppy se dio cuenta.

–Todavía quiero el divorcio, Konstantinos –le dijo–. Han pasado demasiadas cosas como para que podamos terminar de otra manera, pero también quiero confiar en ti sin un contrato de por medio.

Él apretó la mandíbula.

–¿Por qué? No va a cambiar nada.

–Yo… debería haber confiado en que harías lo correcto. Perdí la cabeza en el baile, mientras que tú la mantuviste fría. Cumpliste con tu palabra. Confío en ti y quiero que tú también confíes en que haré lo que me has pedido. Siempre confiamos el uno en el otro antes de que todo… saltara por los aires.

–¿Qué es exactamente lo que quieres de mí, *agape*?

Poppy seguía teniendo el corazón acelerado y el estómago encogido, pero supo que aquel era el único camino.

Konstantinos la había abandonado en un jet privado después de lo ocurrido en Versalles. La había enviado sola de vuelta a Grecia, custodiada por un equipo de desconocidos, con personal para alimentarla y limpiar lo que ella ensuciaba. Así había sido como había vivido durante semanas, meses, antes y después del funeral.

Poppy quería demostrarle que no era la mujer con la que se había casado. No iba a ser dócil ni obediente. Ya no era aquella mujer, la mujer a la que podía dejar sola.

Ambos estaban allí y quería mantener las conversaciones que tenían pendientes.

No iba a dejar ningún asunto sin resolver. Necesitaba un cierre.

–Quiero hablar de lo que ocurrió en el baile –le dijo–. De por qué te marchaste y de por qué necesitabas alejarte de mí.

–Ya lo sabes –protestó él.

Ella pasó por su lado y se sentó en el sofá con las rodillas juntas. Levantó la vista para mirarlo.

Si quería que Konstantinos hablara, tenía que predicar con el ejemplo. Tenía que mostrarse vulnerable.

–Lo sé –admitió–. Y tenemos que hablar de ello.

Respiró hondo para hacer acopio de valor.

–Tenemos que hablar de Isaak.

–Se fue, Poppy –le dijo él, apretando los dientes para contener el ardor que le abrasaba la garganta–. No hay nada de qué discutir.

Ella se estremeció.

Konstantinos cerró los ojos y bloqueó la imagen de ella esperando a que expusiera sus sentimientos. Como si sus heridas pudieran

sanar las de ella. No podían. No habían ayudado a su madre. Sus sentimientos, su amor, no habían conseguido ayudar a su madre, sino que la habían arrastrado al fondo.

–Dijiste que necesitabas un cierre con tu padre –le recordó ella–, pero no lo conseguiste.

Él abrió los ojos de golpe.

–No vamos a hablar de mi padre –le advirtió.

–No quiero hablar de él, sino de nuestro hijo. Y quiero que entiendas el motivo. Yo también quería un cierre con mi padre y pensé que, cuando falleciera, y cuando falleciera mi madre, lo tendría, pero no fue así. Porque nunca hablé de los temas de los que necesitaba hablar, me lo guardé todo dentro. Nunca le conté a mi madre que mi padre era un mentiroso, que tenía otra vida, otra familia.

–¿Otra familia?

Poppy asintió con rigidez.

–Tengo hermanos… Tengo una hermana de mi misma edad.

–¿Cómo es posible que yo no lo supiera?

–Porque me avergüenzo de ello.

–El que mintió fue tu padre, no tú.

–Pero yo lo sabía. Sabía adónde iba y lo que hacía, y nunca se lo conté a mi madre.

–La querías proteger –le dijo Konstantinos.

–No. Me quería proteger a mí misma –le confesó ella–. Mi madre murió sin saber que yo también era una mentirosa. Oculté los secretos de mi padre a mamá para no destrozar la familia que yo quería tener, para que mi padre siguiese en casa, conmigo. Y odio lo que hice. Ya no podré pedirle perdón a mi madre ni zanjar el tema.

Konstantinos se dio cuenta de que él también la había obligado a mentir al pedirle que volviese al foco mediático y se sintió culpable por ello, porque sabía que Poppy odiaba mentir.

–Fue tu padre –insistió–. No tú.

–No –lo contradijo Poppy ruborizándose, avergonzada–. Fui yo.

Él reconoció aquella vergüenza. Al principio, había intentado culpar a su padre de la muerte de su madre, pero había sabido que también había sido culpa suya.

No se lo dijo porque no podía empatizar con ella sin exponer sus propias heridas, sus propias debilidades. No quería ser débil delante de nadie, delante de ella.

–Mi relación con mi padre fue el motivo por el que me marché sin preguntarte por aquella foto, pero el hecho de que no me contases que tu padre estaba tan enfermo también fue una mentira, Konstantinos. No me contaste dónde estabas ni a dónde ibas. No fuiste sincero conmigo. Por eso me marché.

–Por eso me odiaste –comentó él, empezando a comprender.

Se sintió mal por cómo se había comportado con ella. Se había puesto furioso cuando se había marchado y no había pensado en cuáles podían ser sus motivos. Solo había reaccionado, se había dejado llevar por la ira. Y no lo había hecho para protegerla a ella, sino para protegerse a sí mismo del dolor. Un dolor nacido en su infancia que se había extendido como un veneno hasta la edad adulta, convirtiéndolos en las personas que eran en la actualidad.

Si hubiesen hablado antes, habrían podido ayudarse mutuamente.

Pero no sabía cómo compartir sus heridas ni cómo ayudar a Poppy a sanar las suyas.

Se puso rígido y pensó que para eso estaban las terapias. Él había buscado ayuda para Poppy.

–Odio a los mentirosos porque yo fui la más grande, Konstantinos. Mi madre murió sin saber la verdad. Si hubiese hablado con ella y se lo hubiese contado todo, tal vez habría podido quedarme tranquila. Y lo mismo te habría ocurrido a ti si hubieses hablado con tu padre. Y, tal vez, si hablamos juntos de nuestros problemas, de nuestros padres, también podamos hablar de nuestro hijo, zanjar nuestro matrimonio y seguir adelante con nuestras vidas.

–No necesito hacer una confesión en el lecho de muerte, Poppy, no me estoy muriendo –replicó él, aunque por dentro sí se sentía así.

–Si no hablamos de lo ocurrido con Isaak, tampoco podremos superar ese tema.

–No, no puedo… –Konstantinos cerró los ojos. Había estado a punto de confesarle a Poppy que no era capaz ni de pronunciar su nombre en voz alta.

–No podemos seguir así –insistió ella.

Él abrió los ojos y vio lágrimas en los de Poppy.

–Quiero que lo nuestro termine bien, que seamos honestos –le dijo ella.

Konstantinos se dio cuenta de que aquello era un pulso. Una nueva batalla. Y su esposa no aceptaría nada que no fuera su rendición.

Él no alzaría una bandera blanca. No podía darle lo que quería, pero le daría una pequeña parte de lo que había pedido. Una pequeña parte del hombre que había sido. Le pareció justo. Sería un intercambio. Una historia por otra. ¿Qué daño podía hacer?

–Te puedo explicar por qué no te conté lo de mi padre.

–Ya lo hiciste en París.

–No te lo conté todo –admitió él con el pecho encogido.

–¿Todo?

–Mi madre murió…

–Lo sé, cuando eras niño.

–Murió porque yo no pude mantenerla a salvo –le explicó con un nudo en la garganta–. Porque no pude protegerla.

–No lo entiendo.

–Y no podía arriesgarme a que volviese a ocurrir –admitió Konstantinos, acercándose a ella y sentándose a su lado en el sofá–. No podía arriesgarme a que te ocurriese a ti.

Capítulo 10

Poppy se sintió como si hubiese recibido un mazazo en el pecho.

–¿Pensabas que, si me lo contabas… moriría?

Él la miró fijamente, estaba muy tenso.

–¿Qué era lo que te preocupaba a ti de decirle la verdad a tu madre?

–No me preocupaba que eso pudiese matarla.

–Está bien, no te preocupaba su muerte física, pero sí la muerte de todo aquello a lo que te estabas aferrando al no revelar el secreto de tu padre. Tenías miedo, Poppy. Miedo a que la verdad hiciese daño a las personas a las que querías.

Ella se preguntó si Konstantinos también tenía miedo.

–Te preocupaba que todo tu mundo se derrumbase –continuó él.

–Pero si no tenías buena relación con tu padre, ni yo tampoco. Su muerte no iba a cambiar nada.

Suspiró.

–Lo siento, eso ha sonado fatal –admitió–. Era tu padre.

–Estaba preocupado por ti, te veía muy frágil, estabas enferma. Y no podía correr el riesgo de enfrentarme a que la noticia de otra muerte te destruyera.

–¿Piensas que soy frágil? –le preguntó Poppy en un susurro.

–Cuando nos conocimos, no, pero cambiaste después con…

–Estaba de duelo –dijo ella con un sollozo–. Tú también habrías cambiado si hubieses aceptado que Isaak formaba parte de nuestras vidas.

–No, no había nada que aceptar.

–¿Cómo puedes ser tan frío?

Él apretó la mandíbula.

–Ya no estaba, y punto.

Poppy se dio cuenta de que no había serenidad en su mirada, se preguntó si la muerte de su hijo también lo había atormentado, si también se había preguntado cómo podría haber sido su vida de no haber ocurrido. Se preguntó si también sufría, aunque ella no hubiese visto señales de ello.

–Continuaste con tu vida como si todo fuese normal, como si nada hubiese cambiado –le dijo, empujándolo a sincerarse.

–Nada había cambiado, pero tú te negabas a seguir adelante –le contestó Konstantinos, como si no hubiese sufrido por nada.

–¿Cómo puedes hablar así de nuestro hijo, de Isaak, como si no lo hubiese cambiado todo? ¿Como si no nos hubiese cambiado a nosotros?

Él se encogió de hombros y el movimiento hizo que Poppy se fijase en su cuerpo, que era puro músculo, sin un ápice de grasa. Fuerte, poderoso.

–La muerte de mi madre me destruyó –admitió él–, pero mi padre me obligó a llevar mi duelo en silencio. Pensó que eso me haría fuerte. Y tenía razón. Si no la hubiera amado, no habría entrado al agua detrás de ella. Si hubiera mantenido mis emociones, mis sentimientos, a raya, podría haberla salvado. Tuve que ser fuerte cuando murió. Soy fuerte, Poppy, porque no siento. No amo. Fui fuerte cuando Isaak murió, porque tú no podías serlo. Porque sentías demasiado. Cumplí con mi deber. Lo hice todo porque tú no podías. Estabas igual que mi madre y yo… necesitaba protegerte como no pude protegerla a ella.

–¿Qué? –le preguntó ella, abriendo los ojos como platos.

–Mi madre siempre estaba triste. Su salud mental era frágil. No era capaz de cuidarse sola. Yo le cepillaba el pelo, le daba de comer… Y al verte rota, Poppy, pensé que no podía permitir que desaparecieras por completo, como lo había hecho ella.

–Yo no estaba rota, Konstantinos –replicó ella, fulminándolo con la mirada–. Estaba deprimida. Y recibí ayuda médica para curarme. Una ayuda que ya no necesito.

–Pero entonces la necesitabas y yo no te la podía prestar.

–También necesitaba que estuvieras a mi lado, pero me dejaste sola en una habitación… en la otra punta de la casa. Me dejaste

sola, Konstantinos.

Él la miró a los ojos.

–Tú me apartaste de tu lado incluso antes de que el embarazo fuese considerado de riesgo.

–Ambos procesamos mal la noticia del bebé –admitió Poppy–, pero tú también te apartaste de mí.

Todo había empezado el día que le había dicho que estaba embarazada. Se había hecho la prueba tres veces antes de contárselo. Aquellas líneas rosas habían rasgado los cimientos de su relación. Los habían separado hasta dejarlos solos, muy lejos de lo que habían sido en un principio. Amigos.

Ella había empezado a preparar la llegada de Isaak y él la había observado con recelo.

Konstantinos había dejado de acostarse con ella, había dejado de hablarle y de desearla.

Su amistad había fracasado porque solo estaba basada en buenos momentos. No había podido resistir el peso de la realidad.

–Yo estaba ahí de la única manera que podía ser útil –le rebatió él–. Las emociones solo confunden. Hacen que las personas sean irracionales. Mi madre… Yo no lo entendía cuando era niño, pero estaba enferma y mi presencia no la ayudaba. Necesitaba un médico.

–¿Por eso supiste que yo necesitaba ayuda? –le preguntó Poppy.

–Reconocí las señales –le contestó él–, pero no te abandoné. Nunca estuviste sola, tuviste a tu disposición toda la ayuda que necesitabas.

A ella le tembló el labio inferior.

–Te necesitaba a ti –le confesó.

Lo había necesitado a pesar de sus reglas.

Konstantinos irradiaba tensión.

–Yo no podía ayudarte. Contraté a personas que podían ayudarte.

Poppy se preguntó si Konstantinos había afrontado el dolor, la pérdida, a través de la acción, intentando ayudarla cuando ella se había derrumbado.

–Cuando descubrí lo de mi padre… –continuó él–. No tomé la decisión de no contártelo a la ligera. Tú casi no podías hablar, así

que decidí actuar para que el resultado fuese diferente.

–¿Qué quieres decir?

–Me refiero a mi madre… Ella se suicidó.

Poppy lo miró con sorpresa. No había sabido aquello.

–Siento mucho que tuvieses que pasar por algo tan doloroso –le dijo–. ¿Pero qué tiene que ver la muerte de tu madre con no querer contarme que tu padre estaba a punto de morir?

–No pude proteger a mi madre, aunque fuese mi deber, y quería protegerte a ti.

–No era tu deber, sino el de tu padre.

–Él no estaba allí. Yo, sí. Vi a mi madre adentrarse en el mar y no pude salvarla.

Poppy se sintió mal por Konstantinos. Su madre lo había abandonado y su padre, también. Y le habían impuesto una responsabilidad que no era propia de un niño: la de cuidar de su madre.

–Yo no soy tu madre –susurró–. Y jamás haría algo así.

–Tampoco sé si mi madre tenía planeado hacerlo. No dejó ninguna nota. Yo podría haberla sacado del agua si hubiese actuado pronto, pero no lo hice. No pude porque entré en pánico… y ella se ahogó.

Poppy lo entendió en ese momento. La distancia de Konstantinos no había sido indiferencia, sino un mecanismo de supervivencia. Era su manera de mantener el control.

Entendió que Konstantinos había mantenido el control tras la muerte de Isaak porque había tenido que hacerlo. Era la única forma que conocía de sobrevivir.

No era falta de sentimientos. Sentía, y mucho.

Y a ella se le rompió el corazón por el niño que había creído que la muerte de su madre había sido por su culpa, y por el hombre que seguía creyéndolo. Por el hombre que no podía llorar abiertamente a su hijo porque…

¿También pensaba que había sido culpa suya?

No tenía sentido, pero ella también se había culpado, todavía lo hacía a pesar de la terapia.

–Lo siento mucho, Konstantinos. –Él la miró a los ojos–. Juré que te salvaría. Era mi deber evitar que te encontráramos en el mar.

Recorrí el mundo entero buscándote… Recé para no llegar demasiado tarde, Poppy.

Había puesto en pausa su vida para encontrarla. La había salvado. La había sacado de su depresión y le había dado las herramientas para seguir adelante.

¿Quién lo había salvado a él?

Poppy estaba hecha un lío de repente. Quería que Konstantinos siguiese hablando.

–Pase lo que pase entre nosotros en los próximos meses –continuó él–, quiero que sepas que te estoy agradecido, Poppy. Me siento agradecido por haberte encontrado… bien.

Ella se sintió culpable. Le había fallado, como todos los demás.

–Ahora ya entiendes por qué no te lo conté –añadió Konstantinos–. Mis razones son tan válidas como las tuyas. Tú huiste porque creías que tu vida estaba tomando el mismo rumbo que la de tu madre, que yo te había engañado, como había hecho tu padre. Y yo quise protegerte.

Poppy se dio cuenta de que aquel hombre había hecho todo lo posible para ser mejor que en el pasado, de que, por dentro, estaba tan roto como ella y no estaba preparado para hablar de Isaak. No sabía si llegaría a estarlo alguna vez.

A ella también le había llevado tiempo. Tiempo pronunciar su nombre sin romper a llorar. Tiempo enfrentarse a su duelo…

Lo tenía sentado muy cerca, pero la distancia entre ambos era como un muro. Un muro que ella misma había levantado y que quería derribar. Quería acurrucarse en su regazo y… Alargó la mano hacia él.

Konstantinos la agarró de la muñeca antes de que sus dedos lo tocaran y se cerrase la distancia que había entre ellos.

Sabía que su historia era demasiado oscura. Demasiado fea. Pensó que no debía haberle contado nada, pero ya no podía retirar sus palabras. No quería su compasión. No quería que lo tocara.

–¿Qué haces? –le preguntó, pero ya era demasiado tarde.

La había tocado y, en lugar de limitarse a apartarle la mano, se la estaba sujetando, suspendida en el aire, entre ambos.

–Esto.

Ella se zafó y se colocó de rodillas, inclinada hacia él.

Konstantinos respiró su aroma, pudo saborearla. Saboreó el suave roce de su aliento sobre los labios.

Cerró los ojos y sus labios se encontraron.

Él notó que le ardía la sangre en las venas y no pudo parar, no pudo evitar agarrarla por la cintura y sentarla en su regazo.

No podía pensar. No quería pensar.

Enterró la lengua en su boca, que se abrió para él y lo dejó entrar sin oponer resistencia. Notó sus muslos desnudos en el regazo, el pecho aplastado contra el de él, los pezones endurecidos, tentándolo.

–¡Konstantinos! –jadeó Poppy contra sus labios, enterrando los dedos en su pelo, atrayéndolo hacia ella, y moviéndose contra su erección.

Se había excitado muy deprisa y solo podía pensar en quitarle la camiseta y devorar sus pezones rosados, bajarle los pantalones y poner fin a aquella confesión en el único lugar donde se permitía perder el control: dentro de ella.

–Para –gimió, pero ella siguió besándolo y moviéndose.

–Te deseo –susurró Poppy.

Konstantinos se dio cuenta de que aquello era lo que había querido oír, era una victoria, pero no se sentía poderoso. No sentía que tuviese el control de la situación. Se sentía vulnerable y expuesto por todo lo que le había contado.

Poppy no debía estar sentada en su regazo. No debía desearlo después de aquello.

–¡Poppy, para! –le pidió en un grito agónico.

La apartó y ambos se miraron mientras respiraban con dificultad.

El remordimiento lo torturaba. Se sentía agotado, mayor. No podía continuar con su plan ni tampoco con aquello.

–Debemos parar.

–¿De verdad quieres parar? ¿O lo haces porque piensas que me voy a arrepentir después?

–Te vas a arrepentir.

–Después de todo lo que nos hemos contado hoy, pienso que seremos capaces de zanjar muchos temas emocionales, pero no es suficiente para terminar con todo. Necesitamos acostarnos juntos.

–No deberíamos –insistió él, aunque se sentía dividido.

No entendía que ella lo desease después de haberle mostrado lo que era: el hijo de una madre enferma y un padre obsesionado con el poder.

Por eso nunca había querido tener hijos. No había querido arriesgarse a transmitir sus genes a un niño inocente, pero habían concebido a Isaak y, de algún modo, había provocado la muerte de su hijo.

Le costó respirar.

–Entiendo que no quisieras hacerlo en París, pero si usamos un preservativo, no habrá ningún riesgo.

–Siempre hay riesgos, Poppy –replicó él, porque era la verdad.

La única manera de protegerse por completo era no teniendo sexo, aunque lo desease.

La deseaba.

–Tendremos cuidado –insistió Poppy.

Y él supo que era lo único que podían hacer, pero no le parecía suficiente.

Las reglas habían cambiado cuando ella se había quedado embarazada. Todo había cambiado. Las emociones de Poppy se habían filtrado en su relación y tenía que admitir que las suyas, también.

Poppy había llevado a su hijo en el vientre y él habría hecho cualquier cosa para mantenerlo a salvo.

Se había sentido desesperado y eso había guiado cada uno de sus actos.

Cuando Poppy había desaparecido, esa desesperación lo había cegado ante todo lo demás, en detrimento de su negocio y de su reputación.

No podía permitir que las emociones volviesen a afectarles, pero estaba desesperado por estar dentro de ella.

–No me arrepentiré –le aseguró Poppy con voz temblorosa.

Siempre habían tenido química, eso era real.

–Una última vez –le pidió Poppy, bajando la mirada a sus labios–. Necesitamos hacerlo para poner punto final a nuestra relación.

Él lo pensó y decidió hacerlo, pero no allí.

–Hazme el amor –insistió Poppy.

–Aquí, no –gruñó él.

Tenían que deponer las armas y hacerlo para poner fin a su matrimonio.

–Vamos a la cama.

Capítulo 11

Poppy enterró el rostro en su garganta.
Konstantinos la tomó en brazos como si no pesase nada, como si sus brazos estuviesen hechos para portarla. La había tomado en brazos muchas veces, pero aquella fue diferente.

Debían sentir que estaban de despedida, pero tenían la sensación de acabar de conocerse.

Konstantinos redujo el paso. Ella levantó la cabeza y abrió los ojos. La luz procedente del techo bañaba su piel dorada, sus ojos oscuros, profundos.

Abrió la puerta y entró a la habitación decorada en tonos blancos y marrones. Pulsó un botón y las persianas color caramelo bajaron, ocultando las vistas de la piscina, el mar y los bosques que había sobre los acantilados.

Hasta que quedaron solo ellos.

La luz anaranjada del exterior se filtraba por las rendijas de las persianas, pero él pulsó otro botón y las lámparas que había sobre las mesitas de noche se encendieron a ambos lados de la cama.

Una cama baja y muy ancha, en la que Poppy sabía que podía perderse. Las mullidas almohadas que había sobre ella los habían separado mucho antes de que ella se cambiase de habitación, pero en esos momentos no iban a hacerlo.

Konstantinos la llevó hasta la cama y la dejó en el centro, quedándose arrodillado entre sus muslos.

–Bésame –le suplicó ella.

Quería olvidarse de todo, pensar solo en él.

Konstantinos se inclinó sobre ella.

–¿Dónde quieres que te bese primero?

–¿En la boca?

Él le dio un beso en la comisura.

–¿Aquí?

–Sí.

Luego, se fue hacia el otro extremo.

–¿Y aquí?

Poppy sintió un cosquilleo en el estómago.

–Sí.

–Y por último… Aquí.

Poppy cerró los ojos y sintió el beso en el centro de la boca, separó los labios y notó cómo la lengua de Konstantinos se deslizaba en su interior. Sintió la necesidad de estar más cerca y metió los dedos por debajo de la chaqueta de traje, la empujó para quitársela.

Él metió las manos por debajo de su camiseta y sus bocas se separaron mientras se la quitaba por la cabeza, luego, volvió a sus labios.

Poppy llevó las manos a su corbata y le deshizo el nudo de un tirón.

Él le desabrochó los pantalones cortos al tiempo que ella hacía lo mismo con los de su camisa.

Konstantinos se estremeció.

–Túmbate, Poppy –le pidió.

Y ella lo hizo.

Él le quitó los pantalones y los tiró al suelo. Y luego se quedó observando cómo subía y bajaba su pecho, todavía con el sujetador blanco puesto. Le bajó los tirantes y las copas, inclinó la cabeza y tomó un pezón con la boca.

Poppy gimió.

No se dio cuenta de que su marido llevaba los dedos a su espalda y le desabrochaba el sujetador. Luego, le pasó la mano por el vientre y ella se fijó en el contraste de aquellos dedos morenos sobre su pálida piel.

Siempre le habían encantado sus manos, que habían sabido cómo acariciarla, dónde, cuándo moverse más rápido o más despacio.

En esos momentos, no quería que fuese despacio.

–Konstantinos, por favor…

Él metió los dedos por debajo del borde elástico de las braguitas y los pasó con suavidad por encima del vello rubio, la acarició de manera íntima, haciéndola temblar.

Introdujo un dedo.

–¿Así, mejor? –le preguntó.

–Me gusta –susurró ella, apretándose contra su mano porque necesitaba más, necesitaba tenerlo más adentro–. Me gusta mucho, pero…

Introdujo otro dedo.

Poppy cerró los ojos.

–Sí… Más.

–¿Otro?

–Sí, por favor.

Konstantinos obedeció y la acarició con los tres dedos.

Poppy gimió y abrió los ojos. Después, se apoyó en un codo y lo agarró de la pechera de la camisa para acercarlo más a su cuerpo.

Sin sacar los dedos de su cuerpo, Konstantinos se aproximó y la besó en los labios, haciendo que se volviese a tumbar.

–¡Konstantinos!

Poppy metió las manos por debajo de su camisa para quitársela y pasó las uñas por su piel. Estaba a punto de llegar al clímax, pero no era suficiente, quería tenerlo desnudo. Quería estar completamente desnuda ella también.

Apartó los labios de los suyos y él ralentizó las caricias, torturándola. Aunque Poppy sabía que aquello no sería suficiente. Quería notarlo piel con piel. Quería notar el peso de su cuerpo.

–Quítate la ropa –le ordenó acaloradamente.

Él apartó los dedos, se puso de rodillas y terminó de quitarse la camisa. La tiró al suelo, junto a la cama, y se llevó las manos al cinturón y al botón del pantalón.

Poppy quería probarlo. Quería lo que Konstantinos le había negado en el baile: tomar las riendas. Y aquella era su última oportunidad para hacerlo. Necesitaba dar rienda suelta a todas sus fantasías, no tener nada de lo que arrepentirse después.

Se sentó.

–Déjame.

Le desabrochó y metió las manos por debajo de la cinturilla de los pantalones y de los calzoncillos. Se los bajó hasta las caderas, liberándolo, y se excitó todavía más al apreciar su erección.

Le bajó la ropa todo lo que pudo, hasta los tobillos, y pasó la lengua por la punta.

–Poppy…

Ella abrió la boca y lo tomó completamente.

Konstantinos enterró los dedos en su pelo. No tiró de su cabeza ni movió las caderas para que profundizase la caricia, esperó a que ella hiciese lo que quisiese. Y ella profundizó la caricia.

–*Theos mou* –gimió él.

Poppy movió la boca, metiendo y sacando el miembro de él, haciendo que se excitase todavía más.

–¡Poppy!

Konstantinos echó la cabeza hacia atrás y se apartó de su boca mientras la agarraba de la cabeza. La miró como si no la conociese, como si lo estuviese volviendo loco.

Ella tampoco se reconocía. Sintió ganas de sonreír.

Le gustó que Konstantinos la mirase de aquel modo.

–Yo también quiero acariciarte así –le dijo casi sin aliento–. Ahora.

–De acuerdo.

Había sido la primera vez que Konstantinos le permitía que lo acariciase con la boca, pero no había querido que le hiciese terminar.

–Túmbate –le dijo él, quitándose los pantalones que todavía tenía arrugados en los tobillos y los tiró al suelo.

Poppy se tumbó y Konstantinos se colocó entre sus muslos, inclinó la cabeza y pasó la lengua por el interior de su muslo. Luego recorrió a besos la costura de su ropa interior, pasó la lengua por allí.

Poppy enterró los dedos en su pelo y se aferró a él. Levantó las caderas. Quería que Konstantinos profundizase el beso.

–Paciencia, *poulaki mou*.

Poppy no tenía paciencia.

La barrera de las braguitas era demasiado gruesa e innecesaria.

–Quítamelas –le pidió.

Él no levantó la cabeza ni la miró, pero obedeció lentamente. Luego, la besó allí. La acarició con la lengua hasta hacerla gemir, y

chupó cada vez con más fuerza, pero aquello tampoco fue suficiente para Poppy.

–Quiero tenerte dentro.

–Todavía no –le contestó él.

–Por favor…

Quería que aquella última vez terminase en su interior.

Konstantinos abrió el cajón de la mesita de noche y sacó un preservativo. La miró a los ojos mientras se lo ponía y después se colocó a la entrada de su sexo.

–¿Estás segura? –le preguntó con la voz ronca por el deseo.

–Estoy segura –le contestó ella–. Una última vez.

Konstantinos dudó. Estaba demasiado excitado.

–No quiero hacerte daño –le confesó.

–No me vas a hacer daño.

Poppy levantó las caderas y él se aferró al colchón.

–Poppy –gimió, haciendo un esfuerzo por mantener el control.

No quería que su última vez fuese rápida. Quería disfrutarla, pero ir despacio era una agonía.

Entró en su cuerpo y notó cómo Poppy lo estrechaba. El placer que sintió le resultó cegador. Abrasador.

–Muévete, por favor –le rogó ella.

Y se movió.

–Más.

Konstantinos estaba perdido. Apretó las caderas contra ella y se movió en su interior hasta que la oyó gritar su nombre.

Él gritó el de ella también. La sensación fue demoledora. Se dejó caer sobre su cuerpo y enterró el rostro en su cuello.

–Ha sido… –balbució Poppy, intentando recuperar la respiración–… intenso.

Él se obligó a apartarse y recuperar el control. Su cuerpo no quería moverse, pero lo obligó. Se quitó el preservativo y lo echó en la papelera que había junto a la cama. Luego, se tumbó boca arriba. Su cerebro se rebeló, le dijo que debía levantarse y marcharse de allí, pero no se levantó.

Se quedó allí inmóvil, en silencio.

–¿Estás bien? –le preguntó Poppy, girándose a mirarlo.

Él se preguntó si alguien le había hecho aquella pregunta antes. No lo recordaba. Le resultó demasiado directa, demasiado visceral. Hizo que se sintiese vulnerable.

No estaba preparado para abrir aquellas partes de su ser. No sabía si lo estaría en algún momento.

–Yo estoy bien –le confirmó Poppy, alargando la mano y apoyándola en su pecho, en el lugar donde latía su corazón–. La verdad es que, mejor que bien.

–Estoy bien –le contestó él, pero estaba tenso.

Poppy bajó la mano por su pecho, llegó al estómago… Y dio un grito ahogado.

–Sigues excitado.

–Se me pasará –le aseguró él, tumbándose hacia el lado contrario al que estaba ella y apagando la luz.

–Konstantinos…

–Duérmete, Poppy –le dijo, tapándose los hombros.

Tenía demasiadas cosas en la cabeza, ideas incoherentes, destellos. Destellos del mar, de las algas, de Isaak.

Vio el rostro de su hijo, su cuero cabelludo cubierto por una capa de cabello liso y negro. Un cabello que él había olido.

Una intensa emoción le obstruyó la garganta. Se contuvo para no abrazar a Poppy, para no acercarla a su cuerpo y oler su pelo.

Cerró los ojos y rezó para que, fuese lo que fuese aquello, aquella necesidad que tenía de tenerla cerca… desapareciera.

Capítulo 12

Un frío silencio se instaló en la cama. No le hizo falta abrir los ojos. Supo que Konstantinos se había marchado.

Se tumbó boca abajo y enterró el rostro en la almohada. Su olor la golpeó, el de ambos.

Sintió deseo y se incorporó de golpe, agarrando el edredón contra el pecho.

Las persianas estaban ligeramente levantadas. Miró a su alrededor y vio la ropa tirada, muestra de lo ocurrido la noche anterior.

Pensó que no tenía la sensación de haber zanjado su relación.

Seguía desnuda, dolorida, y necesitaba salir de allí, volver a su habitación.

Apartó las sábanas y fue hasta el borde de la cama. Se inclinó para recoger su sujetador.

–Buenos días, *glikia mou*.

Levantó la cabeza de golpe.

–Konstantinos –dijo, pero no fue un saludo.

Este tenía el pelo mojado y una toalla blanca en la mano.

–¿Has estado nadando? –le preguntó, aunque ya conocía la respuesta.

Nunca había entendido que le gustase empezar el día haciendo interminables largos en la piscina. Y no se le había ocurrido que lo hubiese hecho esa mañana.

–¿Qué haces en el suelo? –le preguntó él.

–Iba a vestirme –le contestó, levantando el sujetador.

–¿Te ibas a marchar sin despedirte?

–Pensé que tú te habías ido ya –admitió.

–Sigo aquí.

Ambos seguían allí. A Poppy se le cortó la respiración. Deseó ponerse en pie y acercarse, pero se obligó a recordar lo que se habían prometido. Bajó la cabeza.

–Voy a vestirme.

Él se pasó la toalla por el pelo.

–Yo, a la ducha.

Se metió en el cuarto de baño y se oyó correr el agua poco después.

A Poppy se le encogió el corazón al recordar que el día que había contratado al detective privado había estado en aquel mismo lugar, escuchando cómo corría el agua, sabiendo que él se estaba lavando.

Había estado enfadada, rabiosa. Y cuando lo había visto salir del baño descalzo y con el torso desnudo, con los pantalones desabrochados y oliendo a jabón…

No había sido sincera con él aquel día, pero prefirió no pensar en el pasado. Tenía que ser sincera con ella misma.

Había estado equivocada. La noche anterior no había sido suficiente.

Dejó caer la ropa al suelo y fue hacia el baño desnuda.

Se preguntó qué ocurriría si le decía a Konstantinos lo que necesitaba de verdad. ¿La rechazaría? ¿O la escucharía?

¿Acaso tenía algo que perder?

Abrió la puerta.

El baño era grande, cubierto de mármol blanco, con espejos con detalles dorados en las paredes y una bañera con patas a la derecha, un lavabo doble a la izquierda y frente a ella…

Konstantinos bajo la ducha. Con las manos apoyadas en la pared y la cabeza inclinada. El agua descendía por su espalda, recorría la curva de su columna y caía sobre sus firmes nalgas.

Poppy sintió calor. Tragó saliva y avanzó. Con el corazón acelerado, se detuvo detrás de él.

–Konstantinos.

Este se giró mientras se apartaba el pelo de la cara. Sus ojos negros, enmarcados por unas pestañas oscuras y espesas, se clavaron en los de ella.

–Estaba equivocada –admitió Poppy–. Lo de anoche… no fue suficiente, y no sé cómo arreglarlo.

Él la miró fijamente, en silencio. Esperó a que continuase hablando.

–Quiero… Quiero más.

Konstantinos también quería más.

Había pasado toda la noche acostado a su lado, deseando tocarla.

No había sido capaz de admitir que le gustaba tanto tenerla de nuevo en su cama. Había pensado que nadar lo ayudaría a calmarse, pero no había sido así. Él tampoco quería pasar página.

–¿Qué quieres hacer, Poppy?

–Quiero entrar.

–No hay puerta –le recordó él–. Nada te impide venir.

–Dijimos que sería la última vez –le recordó ella.

–Pero no ha sido suficiente para ninguno de los dos –replicó él–. Así que pienso que deberíamos hacerlo otra vez.

–¿Una vez más?

–Las que hagan falta.

–De acuerdo.

–Haré que vuelvan a traer tus cosas a la habitación principal –le dijo Konstantinos.

–Sí.

–Dormirás en mi cama todas las noches hasta que…

–Hasta después de renovar los votos –terminó ella en su lugar.

Konstantinos asintió, pero aquel dolor que tenía dentro, aquello que no sabía pedir porque no lo reconocía, lo que necesitaba para aliviarlo, se removió en su interior.

–¿Me vas a besar?

–Sí.

Poppy entró en la ducha, se puso de puntillas y buscó sus labios.

Konstantinos permaneció inmóvil y tuvo la sensación de que se trataba de su primer beso.

Bajó las manos a sus caderas y la acercó a él. Su pecho rozó el de él.

–Konstantinos… –susurró contra sus labios, haciendo que perdiese completamente la razón.

La tomó en brazos e hizo que rodease su cintura con las piernas. Volvió a ponerse debajo del agua caliente y la apoyó contra la pared.

–No puedo esperar –admitió–. Necesito estar dentro de ti, Poppy.

No reconocía su propia voz, áspera por la desesperación.

–Yo también lo necesito –admitió ella–. Te necesito.

Y él la penetró.

–¡Sí! –gimió Poppy–. Más, necesito más.

Y él se movió en su interior sin pensar.

–Voy a terminar –gritó, hundiendo los dientes en su hombro–. ¡Konstantinos!

Sus músculos internos lo apretaron, incitándolo a llegar al clímax también. Konstantinos no podía desearlo más.

Pero no podía hacerlo. No podía poner a Poppy en peligro. Así que se quedó inmóvil, esperando a que ella se recuperase. Entonces, la apartó.

–Konstantinos…

–Ten cuidado, no te resbales.

–Tú no has terminado –le dijo Poppy.

–Los preservativos están en el dormitorio. Iremos a la cama y te provocaré otro clímax –le prometió.

–No.

Poppy lo abrazó.

–Quiero hacer que llegues al clímax. Quiero besarte. Aquí.

Él se puso tenso, dudó. Recordó que eso le había hecho sentirse vulnerable, pero ¿por qué no?

Poppy se iría de su lado. Él la dejaría marchar. ¿Por qué no permitirse aquello?

Sería una sensación nueva, no una rendición.

–Sí, por favor –cedió.

Ella se arrodilló y lo tomó con la boca.

Konstantinos apoyó las manos en la pared, sobre su cabeza. Y empezó a sentir placer y dolor. Era un regalo.

La observó mientras lo acariciaba y, después, cerró los ojos mientras la sensación crecía en su interior.

–¡Poppy!

Ella no se apartó. Le acarició todavía más mientras se vaciaba en el calor de su boca, hasta que terminó.

–Gracias –le dijo Konstantinos con voz ronca, inclinándose para ayudarla a ponerse en pie.

Cerró el grifo de la ducha.

–De nada –le respondió Poppy con timidez.

Él la tomó en brazos y ella se echó a reír.

–¡Estamos demasiado mojados para que me lleves en brazos!

Konstantinos no rio. Se quedó con la mirada clavada en su boca. Hacía mucho tiempo que no la oía reír. No estaba seguro de haber oído aquella risa antes.

Y quería volver a escucharla.

El corazón le dio un vuelco.

Era un idiota.

Fue hacia el dormitorio y la llevó a la cama. Se quedarían allí hasta que no soportase más verla, hasta agotar cualquier novedad. Hasta que llegase el momento de decirse adiós. Para siempre.

Capítulo 13

Dos semanas después

Konstantinos no la encontraba.

Todos los días, durante las dos últimas semanas, había tenido a Poppy a su alcance. Habían empezado y terminado cada día en la cama. Él no había ido a trabajar, se había quedado allí, con ella, con el objetivo de agotar la química que los consumía, pero no había sido suficiente.

Cerró los puños.

Le vino a la mente la imagen de unos árboles altos de hoja perenne, *kyparissos*, y supo dónde buscarla. Recorrió un túnel de piedra construido por los monjes para ir del lugar de oración comunitaria a buscar su soledad, para guiarlos de la oscuridad hasta la luz exterior.

Al final del túnel, abrió la puerta y salió. Subió los escalones de piedra polvorienta calentados por el sol y después bajó por el sendero que él mismo había hecho ensanchar para llevar, él el primero, la caja blanca con diminutas asas doradas hasta el lugar que sería para siempre donde descansase su hijo. Un hijo que no había llegado a vivir ni a ser real, al menos, para él. Sabía que para Poppy había sido diferente, como si el tiempo que había pasado en su vientre le hubiese permitido conocerlo y amarlo.

Vio aparecer los altos cipreses que bloqueaban el sol. Ni Poppy ni él habían querido enterrar al niño junto a sus padres, así que habían decidido hacerlo allí, en la isla, en un cementerio reservado a los monjes, junto a otras almas que descansaban realmente en paz.

Se le hizo un nudo en el estómago mientras llegaba a la cima de la pequeña colina y ralentizó el paso. Poppy estaba de espaldas,

inmóvil; solo se movía su vestido blanco, tenía el cabello rubio suelto sobre los hombros.

Oyó un murmullo en francés y frunció el ceño. ¿Estaba cantando?

Sintió que se le rompía el corazón.

Su hijo no podía oírla.

Se colocó a su lado con la vista clavada en la tumba marcada con el nombre de Isaak Ariti. Sintió que se quedaba sin aire, que se rompía completamente por dentro.

No era un dolor imaginario. Era un dolor real, tan real como la tumba que tenía delante. Sintió como si unos tentáculos lo asfixiasen desde dentro, enroscándose alrededor de su garganta y apretando.

Bajó la vista y vio que Poppy le había agarrado la mano, que había entrelazado los dedos con los de él y se los apretaba con fuerza.

Alzó el rostro y se encontró con los ojos azules de Poppy, que parecía pensativa.

–Tenemos que hablar –le dijo ella.

–¿Por qué?

–Las dos últimas semanas han sido buenas, pero hay muchos temas de los que no hemos hablado. Hay cosas que necesito decir porque callarlas me pesa demasiado. Sé que la última vez fue… difícil.

–Poppy –le advirtió él, pensando que no era necesario hacer aquello.

–No tuve la oportunidad de pedirle perdón a mi madre –continuó, bajando la vista a sus manos unidas–. Y quiero pedirte perdón a ti, Konstantinos. Yo también me equivoqué en nuestro matrimonio y me he dado cuenta ahora.

Konstantinos sintió vergüenza. Poppy quería disculparse para aliviar la culpa, quería aceptar su parte en aquel dolor, necesitaba hacerlo. Y él lo comprendía.

Necesitaba pedirle perdón porque no había tenido la oportunidad de pedírselo a su madre. ¿Cómo no permitírselo?

Él también había cometido muchos errores, con su madre y con ella. Debería haberla abrazado, debería haber hecho las cosas de otra manera, debería haber permanecido a su lado, por muy duro

que fuese verla de aquel modo. Por mucho que aquello le hiciese… sentir.

Había sido inhumano aislarla, pero no sabía cómo disculparse por ello. No sabía si, en caso de volver a ocurrir, podría hacerlo de otra manera.

No volvería a ocurrir.

–No importa.

–Sí que importa –replicó ella–. Siento no haberme dado cuenta de lo que estaba ocurriendo con tu padre. Siento haber estado tan centrada en mí que no me di cuenta de nada, Konstantinos. Era tu esposa y ni siquiera me lo imaginé.

–No necesito tus disculpas. Y él… al menos ya no causará más dolor a nadie.

–Siento no haber estado ahí para ti.

–No era necesario.

–Siento no haberte dado la oportunidad de explicarte antes de marcharme.

–Ya lo has hecho –le respondió Konstantinos con brusquedad.

–Fui egoísta y lo siento. Y siento haberte apartado de mi lado cuando estaba embarazada.

–Estabas enferma… –comentó él con la intención de terminar con la conversación.

–Todo empezó incluso antes de que el embarazo empezase a considerarse de alto riesgo… Ahora lo entiendo.

–Estabas… haciendo el nido.

–Estaba obsesionada –lo contradijo Poppy–. Obsesionada con hacerlo todo bien.

Apartó la mirada de la suya y la clavó de nuevo en la pequeña tumba que tenía delante.

Konstantinos siguió mirándola a ella.

No había podido salvar a Isaak ni tampoco a su madre.

–La explicación sobre tu familia me ayudó a entender. A entenderte. Y me gustaría que tú pudieses entenderme un poco mejor a mí. Quiero que sepas por qué me comporté así durante el embarazo.

–Ya lo he entendido –le contestó él–. De niña nunca sentiste que fueras la prioridad para nadie, así que tú pusiste al bebé por delante de todo lo demás sin dudarlo.

–Sí, lo puse por delante de nuestro matrimonio, por delante de ti. Hice lo mismo que mi padre me hizo a mí durante mi infancia. Y lo mismo que te hicieron a ti. Te dejé en un segundo lugar.

–Estoy acostumbrado –admitió él.

–No debería haber sido así.

–Pero lo fue –le dijo él–. No pudo ser de otra manera.

Konstantinos sintió la necesidad de retroceder. Poppy estaba a punto de comprender todo aquello que no le había contado nunca a nadie, el motivo por el que se esforzaba tanto en ser el número uno. Por qué jamás aceptaba el segundo lugar en nada de lo que hacía.

–¿Por eso nunca quisiste tener hijos? –le preguntó ella–. ¿Porque nunca quisiste que sintieran que estaban por detrás de tus negocios?

–Exactamente –le respondió él con sinceridad.

–¿Por eso lo odiabas tanto? ¿Por eso no te hiciste con el control de la empresa de tu padre y preferiste fundar una compañía rival? ¿Lo hiciste para ser el mejor?

–Lo hice por ella –le contestó Konstantinos, esbozando una sonrisa amarga–, por mi madre. Para demostrar que nadie tenía por qué quedar en un segundo lugar ni estar solo, como había estado ella.

–Siento haberte dejado yo en un segundo lugar –le contestó Poppy.

Y él sintió que se ablandaba por dentro.

Era la primera vez que le pedían perdón por haberlo dejado atrás, pero no quería su compasión.

–¿Vamos a la cama? –sugirió.

–No, no quiero tener sexo –le respondió Poppy.

–¿No quieres dormir? –se corrigió él.

–¿Y qué harás tú mientras duermo?

–Estaré en silencio. Y te abrazaré.

–No, yo te abrazaré a ti –le replicó ella.

Él no necesitaba consuelo. Nunca se lo habían ofrecido y no necesitaba esa clase de ternura. Nunca la había tenido de niño y no la necesitaba de adulto.

Cerró los ojos y no pudo evitar tomarla entre sus brazos y aspirar su aroma.

–Poppy… –susurró contra su cabello.

Entonces, oyó un suave gemido, primitivo, ahogado. Un sonido de angustia, de dolor. Se apartó bruscamente. Lo había emitido él.

Poppy lo oyó y deseó derramar las lágrimas que Konstantinos no se había permitido jamás dejar escapar. Quería llorar por el niño que había perdido a su madre, por el niño que se culpaba por su muerte, cuyas necesidades habían sido ignoradas siempre. Quería llorar por el niño al que no había abrazado nadie.

Ni siquiera su esposa.

Hasta que había sido demasiado tarde.

Sus dedos se aferraron a la camisa de Konstantinos y contuvo un sollozo. Cerró los ojos con fuerza. Sus lágrimas no lo ayudarían, pero ¿cómo podía ayudarle? ¿Cómo enseñarle que era bueno sentir, cuando nadie se lo había enseñado jamás?

Mantuvo la cabeza apoyada contra su pecho, escuchando el fuerte latido de su corazón bajo la oreja.

–¿Fuiste feliz con nuestro matrimonio? ¿Fuiste feliz conmigo? –le preguntó.

–¿Y tú?

Isaak lo había cambiado todo, pero nunca debería haberlos separado. Debería haberlos unido más. Y ella iba a permitir que su hijo hiciera precisamente eso por ellos. Haría que todo fuese como siempre debió ser.

–Pienso que podemos ser más felices.

–¿Qué quieres decir?

–Ahora entiendo mucho mejor tus decisiones –le respondió–. Te entiendo, te conozco mejor que antes. Y también me entiendo mejor a mí misma.

Se le escapó una lágrima, dos y tres. Se las secó.

–No puedo cambiar el pasado –admitió, reconociendo sus errores–, pero sí puedo tomar decisiones distintas. Puedo elegir luchar. Y quiero luchar…

Había confusión en los ojos negros de Konstantinos.

–¿Por qué quieres luchar?

–Quiero intentarlo otra vez –admitió ella–. Quiero ser tu esposa. Para siempre.

–Para siempre es mucho tiempo, Poppy.

–Es el tiempo que estoy dispuesta a comprometerme.

–¿Por qué has cambiado de opinión?

–Isaak no tendría que habernos separado. Tendría que habernos unido. Dejemos que lo haga ahora.

–Han pasado demasiadas cosas, Poppy.

–Es verdad.

–¿Seguimos queriendo lo mismo? ¿Un matrimonio basado en la lealtad, el respeto, sin las complicaciones del amor?

Poppy asintió.

Eso sería suficiente, al menos, por el momento.

Capítulo 14

Dos meses después

Poppy avanzó por el pasillo central. La luz del sol entraba a través de las vidrieras proyectando un arcoíris sobre cada asiento vacío. Tres días después la capilla estaría llena y todas las miradas, puestas en ellos.

Ya no podía engañarse pensando que era un trabajo, o un evento más. Aquello era diferente. Ella había cambiado y en esa ocasión no caminaría hacia Konstantinos sabiendo que era un matrimonio por conveniencia. Era amor, un amor devastador. Amaba a Konstantinos.

No era un amor de cuento de hadas, pero era el suyo y debía aceptarlo.

No podía obligar a Konstantinos a aceptarlo también, tenía que hacerlo solo.

Sabía que, después de la ceremonia, Konstantinos volvería a marcharse, retomaría su trabajo.

Y ella lo esperaría allí, con un amor que jamás podría demostrarle abiertamente.

–*Glikia mou*.

Abrió los ojos y se giró hacia él, que estaba al otro extremo del pasillo, vestido con pantalones vaqueros y una camiseta blanca.

Poppy tragó saliva y lo esperó mientras se acercaba, hasta que se encontraron frente al altar, bajo un arco de flores, y le dolió el corazón porque sabía que Konstantinos no hacía aquello por ellos, sino por su imagen.

–¿Poppy? –le preguntó él, escudriñándola, frunciendo el ceño.

Ella negó con la cabeza y alargó la mano para tocarle la mejilla cubierta de barba. Se inclinó y le dio un beso en los labios.

Lo besó con todo su amor y se prometió en silencio que lo amaría siempre. Enterró los dedos en su pelo y pensó que su amor sería suficiente para los dos.

Konstantinos aceptó su beso, aunque le pareció… diferente. Ella bebía de sus labios como si fuese su primer beso y, de algún modo, también el último.

Se puso tenso. No sabía por qué se le ocurrían aquellas ideas, así que las ignoró y le devolvió el beso hasta que Poppy apoyó las manos en su pecho y lo apartó.

Él no quería separarse, la quería cerca.

Tragó saliva y abrió los ojos.

–Después de la ceremonia, me quedaré aquí contigo –le anunció.

–¿Y tu trabajo?

–Si tengo que irme, vendrás conmigo.

–De acuerdo –susurró ella.

Konstantinos entendió que el beso de su esposa había sido una promesa, la promesa de que estaría a su lado. Y él iba a prometerle lo mismo.

–Estaremos juntos –le dijo.

Capítulo 15

Tres días después

Poppy acarició las flores del corpiño de su vestido, que ella misma había diseñado. Se le hizo un nudo en el estómago mientras se miraba al espejo.

Se preguntó si podía hacerlo otra vez. Y si podía mirar a Konstantinos todos los días y ocultarle su secreto.

Eso la convertiría en una mentirosa para el resto de su vida. Porque su acuerdo ya no era el mismo que al principio. Lo amaba. Decidió que tenía que decirle la verdad antes de casarse.

Abrió los ojos y se encontró en el espejo la mirada más madura de la mujer en la que se había convertido. No quería volver a ser aquella niña. No quería vivir temiendo que algún día descubrieran lo que ocultaba. Tenía que decirle la verdad.

Konstantinos hundió las manos en los bolsillos de sus pantalones y observó cómo los invitados bajaban de los barcos en el embarcadero, aterrizaban en fila en el helipuerto, y luego irrumpían por todas partes.

Lo rodeaban desde todos los ángulos. La isla estaba siendo tomada por periodistas, celebridades, dignatarios y socios de negocios.

Él los había invitado a reunirse, a pinchar la burbuja en la que se había encerrado con Poppy. Y en esos momentos la estaban desgarrando, irrumpiendo en la vida que había escondido durante semanas junto a ella. Solo ellos dos.

Sabía por qué aquel día era importante. Comprendía lo que estaba en juego, pero no los quería allí. No quería desfilar frente a ellos. No quería obligar a Poppy a estar delante de todos.

Las miradas de cautela de Poppy habían sido más frecuentes los últimos días. Y aquel beso en la capilla…

Está escondiéndote algo.

No, no era posible.

Estaba nerviosa por la ceremonia.

Él quería demostrar la fortaleza del matrimonio que la prensa había cuestionado. No quería que recibieran una selección cuidadosamente organizada de fotografías; incluso las mejores imágenes podían ser distorsionadas por un periodista que no hubiera estado presente.

Quería que vieran que eran fuertes, que su matrimonio era fuerte.

Pero aquello era una intrusión. Se sentía invadido. Y no podía explicarlo. ¡Él mismo los había invitado!

Apretó los puños dentro de los bolsillos.

¿Qué le ocurría?

Toda su vida había luchado por proyectar la imagen correcta. La del hombre correcto. Pero ya nada de eso parecía… importante.

Giró sobre sus talones y se dirigió hacia la puerta.

Acabaría con aquello. Ya.

Después, todo volvería a ser como antes.

Extendió la mano hacia el picaporte, pero la puerta se abrió hacia afuera.

Flores. Pequeñas flores blancas, algunos capullos cerrados, diminutas hojas verdes y otras flores abiertas componían el corpiño de su vestido hasta la cintura. Después, como hiedra, las flores descendían por sus caderas. La seda transparente de organza se abría allí, formando capas de falda que caían hasta sus pies. Los zapatos eran de seda. Más flores. Como si llevara consigo el mundo entero a cada paso. Como si sus pisadas estuvieran acolchadas por pétalos imposibles de marchitar.

–¿No da mala suerte que el novio vea a la novia antes de la boda? –le preguntó él.

–Ya estamos casados –respondió ella, girándose a medias para cerrar la puerta.

Él notó el temblor de sus dedos. Se puso tenso.

–¿Qué sucede?

–Konstantinos, yo…

Él la miró fijamente a los ojos.

–Dime qué ocurre.

Poppy lo miró. Estaba impecable. Iba perfectamente peinado y el traje gris de ceremonia le sentaba como una segunda piel. No quería acorralarlo. No quería pelear. Pero tenía que hacerlo. Konstantinos… –empezó, tomando aire–. No puedo hacerlo.

–¿No puedes hacer qué?

–No puedo salir ahí fuera.

Él apretó la mandíbula perfectamente afeitada.

–¿Estás nerviosa?

–No. No por ellos.

–Entonces, ¿por quién?

Poppy se mordió el labio. Sí estaba nerviosa por las cámaras, por las miradas, pero no era esa la razón por la que no podía salir ahí fuera.

–Estoy nerviosa por decirte la verdad.

Él arqueó una ceja.

–¿La verdad?

–Es un riesgo –admitió–. Ahora lo sé. Ya lo sabía cuando era niña. Por eso nunca se lo conté a mi madre. Me obligué a creer que era feliz. Feliz de que mi padre simplemente estuviera allí. Pero yo no soy feliz, Konstantinos. Ya no soy feliz viviendo una mentira solo porque sea más fácil.

Él frunció las oscuras cejas.

–¿Quién está mintiendo aquí, *agape*?

–Yo –le confesó ella–. Y sé que, si te digo la verdad, podría arruinarlo todo, pero…

Destellos de soledad sin él, de aprender a dormir sola, de extrañarlo, atravesaron su pecho.

–Poppy…

–No puedo… no puedo seguir mintiendo. Toda mi vida he mentido una y otra vez. Y si salgo ahí afuera, seguiré siendo una mentirosa. Porque para mí no sería una actuación, sería real.

Él dio un paso atrás.

–¿Qué quieres decir?

–Que quiero un matrimonio real. El matrimonio que ambos merecemos tener. Un matrimonio basado en todo lo que nos prometimos: lealtad, protección y amor, Konstantinos. También podemos tener amor.

–Yo no quiero eso –gruñó él.

Poppy buscó en sus ojos, en su rostro, pero no encontró nada. Supo que era una fachada.

–Tienes miedo.

–No tengo miedo –replicó él con una voz demasiado rígida, demasiado vacía.

Ya no iba a engañarla. Ella no le creía. No creía en su indiferencia.

–Yo también tengo miedo –admitió ella–. Siempre lo he tenido. Miedo de confiar en ti. Tenía miedo de que me traicionaras como hizo mi padre, pero ya no quiero vivir con miedo. Confío en ti. Sé que nunca nos haríamos daño a propósito… Lo que ocurrió… no pudimos evitarlo. Ahora entiendo por qué. Nuestros padres. Pero no somos ellos. Podemos elegir. Podemos tener esto. Merecemos tener la familia que ninguno de los dos tuvo. Juntos.

Se acercó un poco más, inclinando el cuello para no perder sus ojos.

–Te amo, Konstantinos –le confesó, y esperó, con el corazón desbocado, a que le contestara que también la amaba, pero él se limitó a mirarla.

Se acercó más a ella.

–Haces que suene maravilloso, tu amor y la vida que quieres darme.

Ella deseó desesperadamente inclinarse hacia aquel calor, pero había algo extraño en su mirada, algo no iba bien.

Lo ignoró. Ignoró sus instintos. Haría que él lo entendiera.

–Podemos construirlo juntos –le dijo con la voz espesa–. Una nueva vida. Sin reglas… Un nuevo comienzo de verdad.

Él inclinó la cabeza.

–¿Dices que me amas?

–Más que a nada en el mundo.

–¿Y este amor protegerá a quienes dices amar? ¿Me protegerá a mí?

–¡Sí!

Los labios de él se curvaron, pero no era una sonrisa. Era… una mueca cruel.

Konstantinos bajó la cabeza. Sus labios quedaron muy cerca de los de ella.

–Mentirosa –susurró contra su boca.

Poppy se estremeció.

–¿Qué?

Él se puso completamente erguido.

–Debe de ser muy difícil, después de tu padre, distinguir cuándo tu verdad no es más que otra mentira.

–¡Konstantinos! –le espetó ella.

Este le dio la espalda.

–Eres una mentirosa, Poppy –repitió, caminando hacia el escritorio y abriendo un cajón.

Ella cuadró los hombros. Ignoró el instinto que le pedía huir. Algo hervía en el aire entre ellos. Conflicto. Podía olerlo. Saborearlo.

Plantó los pies en el suelo. Esta vez no iba a escapar.

–No estoy mintiendo.

–Por supuesto que sí –le dijo él.

Sacó una carpeta, cerró el cajón y caminó hacia la silla de respaldo alto hecha de madera oscura. La apartó y se sentó. Solo entonces volvió a mirarla.

–Tu amor no es mejor que el de mi madre o el de mi padre.

–Ellos no te amaban.

–Exactamente. Mi madre me abandonó porque era egoísta. Mi padre nos abandonó a mi madre y a mí porque era egoísta. Tú también eres egoísta, Poppy. Solo piensas en lo que quieres tú.

–Estoy pensando en lo que ambos necesitamos.

–¿Qué harás si yo no te correspondo?

–Yo…

–Me dejarás plantado en el altar. Me abandonarás. Otra vez. Eso no es amor.

–¿Cómo puedes saber lo que es el amor si nunca lo has sentido? Yo sí sé lo que es el amor, Konstantinos. Esto es amor. Yo te amo. Y tú me amas a mí.

–Quise a mi madre, pero murió, porque también era un amor egoísta. No pedí ayuda para salvarla.

Las paredes azul marino que los rodeaban, el azul del mar detrás de él, comenzaron a girar. Cerrándose sobre ella como una tormenta.

–No fue culpa tuya, Konstantinos –le dijo mientras todo empezaba a aclararse en su mente. Su necesidad de control. La forma en que lo retorcía todo para dominar la historia–. La muerte de tu madre no fue culpa tuya. No podías controlar su decisión, Konstantinos. No puedes controlar las acciones de los demás. Yo tampoco podía controlar a mi padre.

–¡Esto no tiene nada que ver con mi madre!

–Sí tiene que ver –lo contradijo–. Por eso no podías admitir que amabas a Isaak.

–No lo metas en esto –le advirtió él.

–Lo quieres, ¿verdad? Solo que no puedes dejarlo salir. El amor te hace sentir fuera de control. Igual que en el mar con tu madre.

Él la fulminó con la mirada.

–Yo siempre tengo el control.

–No es posible, Konstantinos. Ya deberías saberlo. Después de tu madre, de Isaak… de mí. La vida sucede. Algunas cosas están fuera de nuestro control. Pero suceden. Cosas malas, horribles. Y podemos dejar que nos destruyan o permitir que nos hagan más fuertes. Y fingir que nada te afecta, que no sientes nada… es…

No quería llamarlo débil. Era el hombre más fuerte que había conocido.

–No es fortaleza, Konstantinos –terminó.

Vio cómo sus hombros se tensaban.

–No soy débil.

–No quieres admitir que me amas. No quieres arriesgarte a tener un matrimonio real porque amaste a tu madre y ella te abandonó de la peor forma posible. Yo jamás te abandonaré cuando las cosas se pongan difíciles. Estaré contigo siempre y no volveré a ponerte en segundo lugar –le prometió.

–Acabas de hacerlo.

–No. Estás asustado…

–Todo lo que he hecho –la interrumpió, con una voz dura como el acero–, nuestro matrimonio, las últimas semanas… ha sido para hacerte interpretar un papel. El papel que yo quería que interpretaras. Me metí en tu cabeza. Hice que pensaras que estabas a salvo para bajar la guardia. Hice que creyeras que podías confiar en mí.

–Confío en ti.

–Entonces eres una ingenua. No puedes confiar en mí. Yo también soy un mentiroso, Poppy, pero soy mucho más hábil que tú. No me conoces.

–Ahora te conozco mejor que nunca –lo contradijo ella, porque era la verdad.

–Solo conoces lo que yo te he permitido conocer –rebatió él–. No soy justo. No soy… considerado.

–Eres todo eso –insistió Poppy–. Y más.

–Soy una farsa –replicó él–. Soy egoísta. No me importa nada. Ni nadie. Solo yo mismo. Soy hijo de mi padre.

–Eres Konstantinos Ariti. Un hombre leal, protector. Tu padre nunca fue eso. Te dejó completamente solo para cuidar de tu madre enferma. Tú jamás harías algo así. No lo hiciste conmigo. Te aseguraste de que estuviera a salvo.

–Siempre tuve intención de hacerte daño, Poppy.

–No a propósito –casi le gritó ella.

–Sí lo hice –le rebatió él–. Y no volveré a darte la oportunidad de que me humilles.

Bajó la mirada hacia el documento que tenía delante y firmó en la primera página.

A Poppy se le hizo un nudo en el estómago.

–¿Qué estás firmando?

Konstantinos pasó a otra página y luego a otra más, firmando cada una de ellas.

–El divorcio.

Poppy no podía respirar.

–Y tú también lo vas a firmar –le dijo él, tendiéndole la pluma–. Ahora.

–No.

–Lo firmarás –repitió él–. Y te marcharás.

–No voy a irme a ninguna parte.

–Cuando te encontré acepté todas tus exigencias, ¿y sabes por qué, Poppy?

–¿Por qué? –le preguntó ella con el corazón acelerado.

–Por venganza.

–¿Venganza?

–Por haberme abandonado. Por destrozar la imagen que me había labrado durante toda la vida. Para que, cuando me necesitaras, poder rechazarte.

–Eso no es verdad.

–Te he manipulado desde el principio. Te he engañado, Poppy.

–Me estás mintiendo.

–¿Por qué iba a mentir ahora? Se acabó. ¿Por qué seguir fingiendo?

–¿Fingiendo?

–He estado jugando contigo.

–Con respecto al contrato… yo… –titubeó ella–. Ambos luchábamos por tener el control, pero siempre iba a terminar así y ambos lo sabemos. Nos amamos.

–Nunca te he amado, y nunca te amaré.

A Poppy le fallaron las rodillas. ¿Había sido todo mentira?

Él le tendió la pluma. No le tembló la mano. Como si no sintiera nada.

–Fírmalo.

Capítulo 16

Konstantinos la vio luchar por contener las lágrimas, lágrimas destinadas a hacerlo reaccionar.

No lo haría.

Había permitido que Poppy le calara hondo, pero sabía que ella había sabido desde el principio que no renovaría los votos. Estaba seguro de que había planeado desde el principio dejarlo solo en el altar.

Él le había dado munición, le había contado cosas que no sabía nadie, y ella le había disparado con palabras de amor.

El amor era una debilidad, por eso su madre nunca lo había querido, porque, de haberlo hecho, jamás habría entrado al mar. No lo habría abandonado. Nunca lo habría puesto en segundo lugar frente a su depresión o al odio que sentía por su padre. Y si él no hubiese querido a su madre, se habría quedado en la orilla y no habría luchado contra el mar para salvarla.

Habría pedido ayuda. Pero había sido débil porque el amor era una emoción egoísta.

–Fírmalo –volvió a exigirle.

Una lágrima corrió por el rostro de Poppy.

–¿Dónde tengo que firmar?

Se acercó al escritorio y tomó la pluma con dedos temblorosos.

–¿Aquí? –preguntó, girando el documento hacia ella–. ¿Solo en la primera página?

–También en la segunda, tercera y sexta –le respondió él.

Poppy recorrió la página con la mirada y se secó la nariz con el dorso de la mano. Bajó la cabeza y empezó a firmar. Cuando terminó, cerró el documento y lo deslizó hacia él.

–¿Y ahora, qué va a pasar?

–Se lo enviaré a mi abogado –le dijo él–. Como ambos somos griegos y es un divorcio de mutuo acuerdo, se hará efectivo en unas semanas.

Ella no volvió a mirarlo. Se alejó de él y fue hacia la puerta.

–¿Poppy?

Se giró hacia él y Konstantinos vio un brillo de esperanza en sus ojos.

Él borraría aquel brillo de sus ojos, del mismo modo que Poppy había intentado destruirlo a él.

–No olvides esto –le dijo, abriendo otra vez el cajón y sacando otro documento.

–¿Qué es?

–La deuda de Léon. Siempre cumplo mis promesas, no como tú.

El rostro de ella se quebró.

–Adiós, Poppy.

Konstantinos se puso en pie, se dio la media vuelta y fue hasta la ventana. Observó el espectáculo de nuevas llegadas. Pensó que ella tenía razón, nada era real, era una mentira.

Cerró los ojos. No necesitó abrirlos para sentir que ella se acercaba. La sintió detrás, demasiado cerca y pudo aspirar su aroma floral, que lo abrumó.

Se le aceleró el corazón, no pudo evitarlo.

–Adiós, Konstantinos.

Él oyó el tintineo de sus anillos sobre la madera y después, cómo se alejaba con un susurro de las faldas de seda. Oyó cómo se abría la puerta y cómo ella se detenía.

Y, luego, la puerta al cerrarse.

Se aflojó el nudo de la corbata, pero seguía sin poder respirar.

Cayó de rodillas con un golpe sordo. Apoyó las manos en el suelo. Se dijo que tenía el control. Inspiró por la nariz, expulsó el aire por la boca. ¿Por qué le dolía el corazón? ¿Por qué le costaba respirar? ¿Por qué se sentía… muerto?

La rabia aceleró los pasos de Poppy por el pasillo de techos demasiado altos, con demasiadas ventanas. El sol le hacía daño en

los ojos y las lágrimas que intentaba contener le nublaban la vista.

Konstantinos nunca había tenido la intención de empezar de cero.

El mentiroso era él.

Alargó la mano y se fue apoyando en la pared mientras avanzaba.

Era un monstruo.

Llegó hasta el ascensor y tocó el botón una y otra vez. Estaba en el piso más alto del monasterio y sabía que nadie subiría allí. Todo el mundo estaría en la capilla de la colina, esperando, pero ella necesitaba salir cuanto antes, marcharse de la isla y poner distancia.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, entró en él y se dejó caer contra la pared del fondo.

Tenía el corazón roto y las lágrimas salieron a borbotones al tiempo que un sollozo desgarraba su garganta.

Lo había estropeado todo y Konstantinos se había cerrado en banda.

Lloró por él, por ella misma, por la felicidad que el pasado de ambos les había robado, pero, sobre todo, lloró por todas las palabras dichas demasiado tarde para salvar su matrimonio.

Aquello era el final.

Capítulo 17

Doce días después

Konstantinos tomó la sentencia de divorcio. Había estado doce días esperándola. Había esperado que esta aliviase la tensión que tenía en el pecho y que le impedía respirar, pero seguía sin poder hacerlo. Se fue a pasear, había estado paseando a diario, había visitado todas las ermitas de la isla, pero seguía sin poder respirar hondo.

No se había marchado de la isla, no había leído la prensa ni la había buscado. Estaba solo, como si la isla fuese su prisión, porque eso era lo que se merecía.

Siempre había sido el segundo en todo.

Lo habían abandonado una y otra vez e iba a estar siempre solo.

Aceleró el paso sin saber a dónde iba, todos los días era lo mismo. Andaba entre árboles y recorría acantilados, buscando lo que la isla prometía, lo que los monjes habían hallado al convertirla en su hogar mucho tiempo atrás: la salvación.

Oyó el susurro de los árboles y se detuvo. Bajó la vista y lo vio. Su hijo.

No estaba solo.

Se dejó caer sobre las rodillas y se quedó con la vista clavada en la lápida blanca, en el nombre: Isaak Ariti.

El dolor hizo que se doblase. Era su castigo. Por haber dejado morir a su madre.

No luchó contra el dolor, se tumbó en la hierba, al lado de su hijo, y tocó las pequeñas flores que había en un jarrón, flores salvajes de colores.

Les había fallado a todos, no había sido capaz de protegerlos.

–Lo siento –dijo, alargando la mano hacia las letras grabadas en la piedra–. Siento no haber podido protegerte.

El dolor lo golpeó, lo sobrepasó, y él lo permitió.

Notó cómo una lágrima corría por su rostro y pensó que su hijo merecía sus lágrimas. Porque negar aquel dolor era negar su existencia.

–Esperé a que respiraras –admitió–. No me lo podía creer. No podía creerme que no me diesen el tiempo de hacerlo bien, de protegerte, de criarte, de quererte.

Se le rompió el corazón.

–Fingí que no me importaba, que no había tocado los pequeños dedos de tus pies, tus manos. Fingí que la caja que traje hasta aquí estaba vacía. Perdóname por negar tu existencia. Eres mi hijo, Isaak, mi primogénito.

Se incorporó y besó la piedra blanca.

–Perdóname por no haberte llorado. Te quiero –susurró–. Y tu madre también te quiere.

Cerró los ojos y pidió perdón. ¿Qué había hecho?

Había negado su propio duelo y tampoco se lo había permitido vivir a ella. Y, además, había rechazado su amor.

Amaba a su esposa. Lo entendió en ese momento.

Y entendió que ella no tenía miedo a sentir. Poppy permitía que sus sentimientos la arrastrasen porque era fuerte, mucho más fuerte que él.

Konstantinos no supo cómo iba a arreglar lo que había hecho.

Poppy se merecía más.

Merecía conocer la verdad. Y él se lo debía, a ella y también a Isaak.

Cuarenta y ocho horas después.

–Por los nuevos comienzos.

Poppy observó la copa alzada de Léon. El intenso vino tinto en su interior. Con los pies recogidos bajo su cuerpo en el sofá, se deslizó un poco hacia delante para alcanzar la copa que él le ofrecía desde

la silla de ruedas. La levantó en silencio, la hizo chocar contra la de él.

–Pasará –le aseguró Léon–. El tiempo nos permite sanar. Nunca del todo, pero nos cambia.

Ella quiso contradecirlo.

El tiempo no hacía más que transformar el dolor en insensibilidad, pero no desaparecía. Solo cambiaba de forma. No existía medicina para curar el duelo, no había cirugía capaz de extirparlo.

–Pronto verás cómo tu divorcio es un nuevo comienzo –continuó él.

Poppy sonrió. Léon sabía lo que era el dolor y había vuelto a abrirle las puertas de su casa.

Konstantinos había sido generoso y su amigo había recuperado el apartamento de París.

Y su divorcio ya era oficial.

Ella encontraría la manera de superarlo, pero en ese momento solo podía pensar en lo que podía haber sido.

Dio un sorbo a su copa.

El salón era precioso. Era el lugar en el que Léon había pasado tiempo con su familia, actuando como actuaban las familias normales. Y a ella le dolía estar allí con él, la llenaba de anhelo y, al mismo tiempo, le hacía sentirse bien.

–Vamos a ver un poco la televisión –le propuso él, tomando el mando.

–Me parece bien.

Aparecieron en la pantalla dos sillones enfrentados como en una sala de estar. Poppy conocía aquel programa. Vio a la presentadora, Anna, entrar en imagen y saludar a la cámara. Era un programa en directo en que se hacían preguntas sencillas a personajes públicos. Y Anna era capaz de mostrar al ser humano que había detrás de aquellas sonrisas demasiado brillantes.

Anna tomó asiento.

–Hoy damos la bienvenida a un hombre de negocios que ha salido en prensa por numerosas razones. Es la primera vez que concede una entrevista. Recibamos a… ¡Konstantinos Ariti!

Poppy sintió un zumbido en los oídos que ahogó los aplausos atronadores que estallaron cuando las puertas se abrieron. Él no sonrió ni devolvió el saludo al público. Caminó hacia la presentadora y tomó asiento.

No llevaba traje, iba vestido con unos pantalones vaqueros oscuros y un jersey negro. Sus mejillas, normalmente afeitadas al ras, estaban cubiertas por la barba.

Anna le tendió la mano.

–Bienvenido.

Él le dio la suya.

–Gracias por invitarme.

Luego, soltaron las manos.

A Poppy se le aceleró el corazón mientras observaba a Anna hacer lo que hacía con cada invitado. Guardó silencio un poco más de lo normal. Miró a su invitado como si realmente lo viera. Como si pudiera ver bajo el discurso preparado que normalmente ofrecían y esperara a que lo olvidaran. Sus palabras ensayadas. Sus mentiras. Para darle únicamente la verdad.

–¿Cómo estás, Konstantinos? –le preguntó.

–Me gustaría decirte… que bien.

–¿Pero no es así?

–No.

Anna no insistió, solo esperó. Lo mismo que Poppy.

–Estoy triste, Anna.

–¿Por qué?

–La verdad es que, durante mucho tiempo, no he sido sincero. He dicho las palabras correctas y he ganado premios mientras hablaba de que no pasaba nada por no estar bien.

–¿Y por qué era importante para ti hacerlo?

–Por mi madre. Mi madre… tenía una enfermedad mental. Y se quitó la vida porque nadie la ayudó, ni siquiera mi padre. Él pensaba que su enfermedad era una debilidad. Y confió en mí para cuidarla.

–¿Te culpas de la muerte de tu madre, Konstantinos?

–No pude protegerla. Yo no era un buen nadador y entré en pánico… Así que se ahogó.

–¿Y eso te hizo pensar que tenías que proteger y salvar a todo el mundo?

–Sí. Crecí creyendo que mi deber era proteger a todo el mundo. Donde mi gente no tenía miedo a pedir ayuda.

–¿Y ahora eres tú el que la pide?

Él apretó la mandíbula.

–No lo he hecho en toda mi vida, me enseñaron que sentir era una debilidad. Así que no lloré a mi madre y, cuando murió mi hijo, hice lo mismo. En lugar de hacer el duelo, seguí siendo fuerte.

–Siento mucho que perdieras a tu madre, Konstantinos, y a tu hijo. No puedo imaginar cuánto debe de doler eso.

Poppy contuvo el aliento.

–Fingí que su muerte no significaba nada, pero lo era… todo. Y tuve que separarme de mi esposa para darme cuenta del dolor que sentía.

–¿Tu esposa? –le preguntó ella con suavidad.

–Poppy –contestó Konstantinos.

–Háblanos de ella.

–Le hice daño. No fui capaz de hacer el duelo y quería ser fuerte para ella, como no lo había sido con mi madre, pero, a pesar de mi intención de protegerla, Isaak murió y no pude evitarle el dolor de su pérdida. Aunque sé que es irracional, me culpé por la muerte de nuestro hijo y por el dolor de mi esposa.

–¿Y todavía te culpas?

–Voy a trabajarlo con un terapeuta –le contestó él–, pero ahora entiendo que necesito ser honesto. No estoy bien, Anna. Estoy de duelo. Por mi madre, por mi hijo, por el final de mi matrimonio. Por el matrimonio que podía haber tenido.

Anna no le hizo una nueva pregunta de inmediato, esperó a que él continuara hablando.

–Poppy… es mucho más fuerte que yo. No le da miedo sentir ni que el mundo sepa lo que siente. No le importan las apariencias ni la reputación. Ella ama, aunque le duela. Y yo… yo quiero que la muerte de mi hijo sirva para convertirme en una mejor persona. Quiero hacer el duelo y que todo el mundo sepa que quiero a Isaak.

Cerró los ojos mientras la cámara le hacía un primer plano.

Poppy quiso atravesar la pantalla y abrazarlo.

Él abrió los ojos negros, vulnerables, y miró a cámara. Y Poppy sintió que la miraba a ella.

–Amo a mi esposa –dijo.

Y la cámara volvió a alejarse.

–Sé que quieres compartir con nosotros algo. ¿Te gustaría hacerlo ahora?

–Sí.

Konstantinos tragó saliva.

–Mañana lanzaré una nueva fundación, que estará financiada por el grupo Ariti. Se llamará Fundación Isaak y ayudará a muchas familias que han perdido a personas a las que aman y les dará herramientas para hacer el duelo. Ese será el legado de Isaak.

El público aplaudió.

Poppy se puso en pie, estaba aturdida.

Pensó que no debía haberse marchado de la isla. Tenía que haberse quedado allí, para él.

Konstantinos la amaba.

–El coche te espera fuera –le dijo Léon–, para llevarte con él. Salva tu matrimonio, Poppy. La familia… lo es todo. Ámalo y deja que él te ame.

Ella se inclinó y le dio un beso en la mejilla. Léon tomó su mano y se la apretó.

–Vete –insistió él.

Y Poppy salió corriendo.

Capítulo 18

Konstantinos estaba destrozado. Se había expuesto, pero no se sentía vulnerable ni débil bajo todas aquellas miradas que lo observaban al salir del camerino.

Casi se sentía… renacido.

No había ido al programa como empresario, sino como hombre, como esposo, padre e hijo.

Poppy le había enseñado que existían muchas maneras de ser fuerte. Y que sentir no siempre era agradable ni fácil, pero era la verdad. Y la verdad era fuerza y poder.

Lo había hecho por Isaak y también por Poppy, pero, sobre todo, lo había hecho por él mismo. No volvería a fingir que no sentía, aunque no mereciese su perdón ni su amor.

Sí esperaba que ella lo hubiese visto y que comprendiera que había cambiado, que entendía que no podía controlarlo todo en la vida.

Varios flashes saltaron delante de su cara. Su equipo de seguridad lo rodeó y lo condujo entre la multitud hasta el coche que lo esperaba. Antes de llegar a él, se quedó inmóvil.

Allí estaba ella, vestida con un conjunto gris de deporte y el pelo recogido en una cola de caballo.

–Poppy… –susurró, con un nudo en el estómago.

Fue hasta ella y le pidió perdón.

–Siento haberte hecho daño, Poppy…

–Deberíamos entrar al coche. Las cámaras… –le dijo ella con urgencia.

–Me da igual que nos vean, que sepan que amo a mi… esposa.

–Ya no estamos casados –le recordó ella en voz baja.

–Me gustaría intentarlo de nuevo. Podríamos casarnos otra vez, Poppy, y formar una familia. Quiero una familia contigo –le declaró él–. Te amo.

Poppy empezó a llorar y se cubrió el rostro con las manos.

Konstantinos la abrazó.

–Todo va a salir bien.

Ella sollozó contra su pecho, pero le creyó. Levantó el rostro y lo miró a los ojos.

–Te amo –le contestó, y lo besó.

Se besaron. Y no lo hicieron por las cámaras, sino porque solo importaban ellos dos.

Epílogo

Tres años después

Descalzo, Konstantinos hundió los pies en la arena mientras avanzaba en dirección a su familia, que jugaba en la arena. No se apresuró. Sabía que sus dos hijas estaban seguras. Tenían el pelo tan negro como el suyo y los ojos tan azules como los de su madre. Sabía que Poppy las observaba. Sabía que su abuelo adoptivo también las vigilaba desde la terraza, lo mismo que las niñeras que permanecían un poco más arriba de la playa, esperando a ser llamadas. Sabía que estaban cuidadas incluso cuando él no estaba allí.

Y que tenían amor.

–¡Papá!

Se agachó y abrió los brazos. Una de sus hijas corrió hacia él, seguida de cerca por su hermana gemela. Las alzó a ambas en sus brazos y besó sus mejillas suaves y redondas.

Su esposa no corrió hacia él. Estaba demasiado embarazada para correr, así que lo esperó donde el mar besaba la arena, con el vientre redondo bajo un vestido azul cielo, húmedo y pesado alrededor de los tobillos.

Él dejó a las gemelas en el suelo y estas, chillando de alegría, volvieron corriendo al agua.

Abrazó a Poppy.

–Has vuelto a casa –le dijo ella.

La isla había hecho honor a su nombre. Había encontrado su salvación. Sotiría se había convertido en un hogar para todos ellos. Para su familia. Y para Léon, que había ido a vivir con ellos. Él

también era familia, un padre tanto para él como para Poppy, un abuelo para sus hijos.

La repercusión del programa había disparado las acciones de su empresa a niveles nunca vistos. Parecía que la gente conectaba con las segundas oportunidades. Con la crudeza de un amor sin límites.

Y eso había sido gracias a Poppy.

Lo tenía todo. Se tenían el uno al otro.

Si te ha gustado este libro...

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

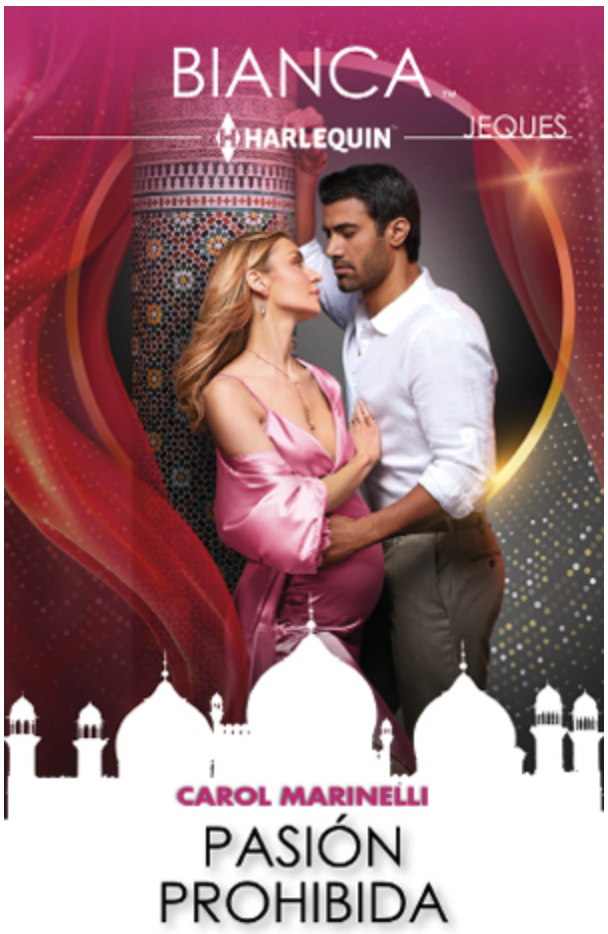


Table of Contents

Portadilla
Créditos
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Epílogo
Si te ha gustado este libro…